



A menudo Roseli sueña ser un águila. Pero en la realidad ella es una chica pálida y gorda. Es pelirroja y está siempre hambrienta de caramelos y nuevas experiencias.

Fernanda, su nueva profesora, es muy hermosa, alta, delgada, siempre con una sonrisa en los labios. Es el sueño de miles de chicas como Roseli.

Lentamente Roseli y su mejor amigo, Pulgar, se dan cuenta de que sus compañeros cambian. Empieza a ser molestada. Ella es fuerte, tiene alegría de vivir y lucha sin tregua para seguir siendo la que es. Un relato intenso y bien logrado...

La gordita Roseli es un personaje irresistible, conmovedor y psicológicamente convincente.



**EDITORIAL UNIVERSITARIA**

6to.

**Max Lundgren**

# ROSELÍ, QUERIDA ROSELÍ



Colectión  
NORTE

**EDITORIAL UNIVERSITARIA**



Edición original en sueco  
ROSELÍ, ÅLSKADE ROSE  
de © 1990, MAX LUNDGREN  
First published by Rabén & sjögren 1990  
todos los derechos reservados.

Edición en castellano para Chile,  
Uruguay y Argentina reservados por  
© 1993, EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.  
María Luisa Santander 0447, Santiago de Chile.

www.universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,  
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por  
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o  
electrónicos, incluidas las fotocopias,  
sin permiso escrito del editor.

ISBN 956-11-0953-2

Texto compuesto en tipografía *Palatino 11/13*

Se terminó de imprimir esta  
QUINTA EDICIÓN  
de 1.500 ejemplares,  
en los talleres de Editora e Imprenta Maval Ltda.  
San José 5862, San Miguel, Santiago de Chile,  
en noviembre de 2002.

CUBIERTA  
Ilustración de Ana María Romero.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

## CAPÍTULO PRIMERO

**R**OSELÍ ERA El Águila. Se elevó desde su banco, flotando, mecida por el viento de septiembre, girando y girando, cada vez más alto..., inalcanzable...

Roselí era El Águila.

A lo lejos divisó la escuela. Podía ver claramente la hilera de casas amarillas junto al bosque y también el patio blanco de nieve, con los arcos de fútbol. Ahí estaba el gimnasio con su tejado rojo, y un poco más allá, camino al centro, la pastelería Condís, donde uno podía comprar caramelos surtidos y bolitas de coco por diez pesos. El Águila se metió la mano al bolsillo. Menos mal que aún tenía sus monedas. Después pudo ver el pueblo entero de El Molino, con sus villas y casas pareadas extendiéndose a ambos lados de aquel camino que serpenteaba atravesando el llano del Valle Poniente; y detrás de las casas, el nido del Águila, en el segundo piso del número 11 de la calle Centenario, en el primero de los cinco edificios de tres pisos.

Era una construcción como una media luna alrededor del centro comercial y de la plaza, que se veía increíblemente diminuta desde ahí arriba...

Y en la esquina, el Hotel de la Plaza, con sus enormes balcones, como una gallina clueca que la miraba vigilante.

Pero ahora, El Águila ya estaba revoloteando sobre las torres de la catedral. Los bulliciosos muelles parecían estar suspendidos en el aire, cual negros nubarrones. El Águila les hizo un ruido con la nariz. Su mirada era mil veces más penetrante que la de Ojos de Acero. Era capaz de ver todo lo que se movía en la tierra, absolutamente

todo, aun los bichos más insignificantes, mientras flotaba y flotaba en la bóveda celeste, como una bailarina de ballet, liviana, grácil, infinitamente hermosa.

Roselí era El Águila.

De pronto vio la cara de Pulgar rascándose la cabeza y mirándola.

— No sale —dijo enfáticamente—. Esta palabra no sale en el diccionario.

— Eres un tonto —dijo Isabel—. Claro que tiene que salir.

Ella miró la primera página.

— El lunes pasado la tempretura fue de -8 grados —leyó.

— ¡Profe! —gritó Pulgar.

En ese momento decidió hacer su entrada El Águila. Con increíble rapidez, abandonó el espacio, entró a la atmósfera sin quemarse y cayó en picada en Valle Poniente, en El Molino y al lado de Pulgar.

Pulgar la miró.

— Tienes que ayudarnos —le dijo.

— No señor —le contestó Roselí—. Son ustedes los que tienen que hacer las correcciones en este número. La semana pasada las hicimos nosotros.

— ¡Roselí!

— ¡Ni lo sueñes! Yo soy la jefa de redacción.

— Como quieras —dijo Pulgar y se dirigió a Isabel.

— ¡Qué más da! Pongamos "tempretura" en el diario, aunque la palabra no exista.

— ¡Si hay una sola falta en mi diario —le gritó Roselí— te rasguño y te muerdo! ¿Oíste, ratón?

— ¡Profe! —gritó Pulgar.

Ana Karin estaba inmóvil frente a la ventana, dándole la espalda a la clase. Había estado en esa misma posición casi una hora entera.

— Roselí —dijo sin volverse—, somos quince personas las que trabajamos en el diario. Todos tenemos que

ayudarnos. El jefe de redacción tiene aún más responsabilidad. Y ahora, bájate de la mesa, por favor.

— Jamás van a poder terminarlo —dijo Roselí mientras bajaba de un salto.

— La palabra es tem... temperatura —dijo Ana Karin.

— Gracias —contestó Isabel.

— Tú la escribiste así —dijo Pulgar mientras borraba una e—. No existe la palabra "tempretura", para que sepas.

— ¡La página cuatro está lista! —se escuchó gritar a Robe.

— Dáselas a los de la imprenta —contestó Roselí—. ¡Están en la portería!

Pulgar se rascó la cabeza una vez más.

— ¿Qué significa esto? —preguntó.

Isabel y Roselí miraron lo que les mostraba con el índice.

— "En la torre de lino la tempretura fue de 26 grados el luna..."

— Yo no sé —dijo Isabel.

— Yo tampoco —agregó Roselí.

— Pero si fuiste tú la que escribió esto —gritó Pulgar—. "En la torre de lino la tempretura fue de 26 grados el luna". ¡Tú... tú... tienes que saberlo! ¡Tú lo escribiste!

— ¡Ah! —dijo Roselí—. ¡Ahora me acuerdo! Cualquiera se da cuenta. Tiene que decir: Torremolinos y el lunes.

— ¡No entiendo nada!

— Tú nunca vas a poder ser jefe de redacción, Pulgar. Tienes los nervios demasiado malos. Escribe esto: "El lunes hizo veintiséis grados de calor en Las Islas Canarias"...

— ¿Y por qué no escribiste eso entonces? ¡Tonta!

Roselí miró de reojo a Ana Karin. La profesora seguía exactamente igual que antes. Jamás había estado así. Generalmente se contagiaba con el nerviosismo de los demás cuando ya el "El Cahuín" empezaba a estar listo, cada viernes alrededor de las tres de la tarde.

— ¡La uno ya está lista! —gritó Isabel.



— Bueno, bueno —dijo, cloqueando cual gallina a sus pollitos.

— ¡Oh..., es tan grande, linda y buena...! —pensó Roselí.

— Bueno, bueno...

Nada más.

Los alumnos comenzaron a moverse impacientes en los bancos. Roselí estaba sentada en la primera fila, junto a Nana.

— Ya va a tocar —dijo.

— Bueno, mis niños —continuó Ana Karin.

Ella no tenía niños. Ni siquiera era casada.

— Tal vez debería haberles contado esto hace unos días. Pero no pude. Solamente me habrían tenido lástima. Lo que pasa es que me tengo que operar la semana que viene. El lunes. Así que van a tener otra maestra por el resto del semestre.

Nadie dijo nada. Todos miraron a Ana Karin con su apariencia saludable de manzana fresca.

— ¿Todo el semestre? —preguntó Isabel.

— Mm..., pero espero estar de vuelta cuando pasen a sexto grado.

— ¡Profe!

— ¿Sí, Roselí?

— ¿Es muy peligroso?

— No se sabe muy bien, pero parece que no.

De nuevo se produjo un silencio, esta vez tan profundo que se podría haber escuchado a un ángel atravesar la sala. Todos dieron un salto cuando sonó el timbre que anunciaba el fin de las clases.

Continuaron sentados hasta que el timbre dejó de tocar.

— Que les vaya bien, niños —dijo Ana Karin—. Pórtense bien con la nueva maestra, tal como se portan conmigo. A propósito, mi opinión es que el Número Veintisiete les resultó muy bien. Ahora nos vamos.

— Este va a ser nuestro peor número —se lamentó Pulgar.

— El mejor —replicó Roselí—. Va a ser un super-super ejemplar. ¡El pronóstico del tiempo en la primera página! Eso es lo que le gusta leer a la gente. ¡Profe! ¡Aquí va la primera página!

— Bien —dijo Ana Karin—. Está bien...

Roselí sintió de pronto que un escalofrío le recorría la espalda. Había algo que no andaba bien con Ana Karin.

Se repartieron los setenta y cinco ejemplares de "El Canuín". Cinco para cada uno.

— "Segundo Año de Publicación. Ejemplar N° 27" —leyó Hernán—. ¡Resultó lo más bien, después de todo!

— A mí no me gustó nada eso que escribieron de la plata de la semana —dijo Rune—. ¡Escuchen esto! En nuestra clase se le da a cada alumno dos mil pesos a la semana como término medio. Todo lo que me costó para que mi papá me subiera a tres mil pesos. ¿Qué va a decir ahora?

— La página divertida no tiene nada de divertida —dijo alguien.

— Todas las historietas ya han salido antes.

— ¡Aquí hay una falta! ¡Dirección tiene sólo una c!

— ¡De todas maneras nunca nadie escribe a nuestros concursos!

— ¡Contestaron dos la semana pasada!

— Y contestaron mal —agregó Roselí con la risa pintada en la cara—. Dos respuestas y las dos malas. ¡Récord mundial!

Finalmente Ana Karin tomó asiento en su escritorio.

— Bueno —dijo.

Se produjo un silencio. La profesora se sacó los lentes y los limpió. Era grande y maciza. El pelo oscuro parecía una nube alrededor de su cara redonda. Cruzó los gruesos brazos sobre sus pechos inmensos como melones.

Ana Karin sonrió. Lo hacía con bastante frecuencia. Las arrugas alrededor de la boca se le habían hecho más y más profundas con los años.



Se levantaron. Aún continuaban en un silencio poco habitual.

— ¡No quiero! —dijo Roselí.

— En realidad yo tampoco quiero —contestó Ana Karin—. Pero no tengo más remedio.

— Vámonos ya —dijo Pulgar—. ¿No ves que la profe está triste?

Roselí comenzó a sollozar.

Ana Karin tuvo que consolarla mientras Pulgar esperaba en la puerta moviendo un pie con impaciencia y rascándose la cabeza.

## CAPÍTULO SEGUNDO

**B**EATA, LA perra de cuatro meses, se había hecho pipí en la puerta de la cocina.

— Sujétala mientras trapeo —dijo Pulgar.

Roselí se sentó en el suelo y el cachorro se le subió a la falda gimiendo y tratando de lamerle la cara. Movía la cola como una hélice.

— ¡Qué asco! —dijo Pulgar mientras limpiaba el piso.

— ¡Menos mal que fue en la puerta! —trató de disculparla Roselí.

— ¡Que asco! —insistió Pulgar.

— ¡No te quejes más, tonto!

— Por tu culpa.

— ¿Mi culpa?

— Sí. Primero te quedaste llorando como una hora donde la profe y después tenías que ir a Condis a comprar caramelos.

— Te invité, ¿no?

— No es raro que seas una gordota —dijo Pulgar y fue al baño a tirar el papel con que había limpiado.

— ¡Siéntate bien! —ordenó Roselí a Beata.

— ¡No le des caramelos! —gritó Pulgar.

— Sólo uno bien chiquito, chiquitito...

Se abalanzó a quitarle el caramelo de la mano y lo tiró al basurero.

— ¿Te volviste loco? —dijo Roselí—. ¡Mira cómo está Beata! ¡Totalmente aterrada!

— Yo soy el que le da caramelos. Es "mi" perra y soy yo...



— Jamás te vas a ganar un premio con ella en ninguna exposición. Va a ir arrastrándose a donde está el juez y ahí te vas a quedar tú muerto de vergüenza.

— ¿Quéé?

— Todos van a decir: ¡Ahí va el que maltrata a los animales! Ése que va con el cachorro Labrador. Y te van a expulsar del Club de Adiestramiento de Perros y lo más seguro es que tengas que pagar una multa de mil pesos. ¿Cómo crees tú que va a estar tu papá de contento?

— ¡Córtala, Roselí! No entiendo por qué te tengo que aguantar tanto. Por qué. ¿Tú y yo...? ¿Por qué?

Se quedó un rato muy serio y mirándola fijo, pero cuando Roselí empezó a reírse de él a carcajadas, ya no pudo aguantar más la risa. Beata se soltó y le saltó encima a Roselí, lamiéndole la cara.

— ¡Qué asco! —dijo Pulgar, con la cara llena de ternura...

Los padres de Pulgar eran funcionarios bancarios: la mamá trabajaba en el Banco de Ahorro y el papá en el Banco Skara.

Vivían en una casa recién construida en la Calle Larga, en la subida, justo antes del centro comercial.

Roselí y Pulgar se dirigieron al bosque, el lugar de entrenamiento de Beata.

— ¡Dame la pata! —ordenó Pulgar.

Beata le saltó encima.

— ¡La paata!

Le tironeó la correa.

Beata se sentó y se quedó mirándolo.

— Déjala que haga lo que quiera —dijo Roselí—. Todavía no empezamos el entrenamiento.

— Mm... —contestó Pulgar y nuevamente la tiró de la correa.

Beata se dejó arrastrar primero, pero después se puso a correr a tal velocidad que casi le arrancó el brazo a Pulgar.

— Tienen buena pasta —dijo Roselí riéndose—. Yo también voy a tener un Labrador...

— Siempre dices lo mismo —le contestó Pulgar.

— Es que primero tenemos que cambiarnos de casa.

— Mm... —dijo Pulgar—. No se puede tener perros en departamentos.

El viento soplabla con fuerza. Roselí y Pulgar caminaban muy juntos seguidos de cerca por Beata moviendo la cola.

— En realidad ustedes tienen a Beata casi siempre encerrada en la cocina... Nosotros también tenemos cocina.

— No se puede tener perro cuando uno vive en un departamento. Está escrito en todos los libros.

— Estoy pensando en nuestra profe —dijo Roselí.

— ¿En quién?

— En Ana Karin. No puedo dejar de pensar en ella. A lo mejor es algo peligroso.

— Cierto —dijo Pulgar—. ¡Era tan buena!

— ¡No está muerta!

— No, pero es bastante vieja, debe tener más de cincuenta.

Caminaron el último trecho en silencio.

Roselí se sentó sobre su mochila a mirar cómo Pulgar y Beata entrenaban en el bosque. Detrás de ella se alzaba el viejo y ruinoso mirador.

El entrenamiento no fue muy exitoso. Beata sólo quería jugar y Pulgar estaba cada vez más irritado con ella.

— ¡La paaataaaa! —gritaba.

Era un muchacho pequeño, delgado, no mucho más alto que Roselí. Al reír se le hacía un hoyito en una mejilla; en la otra, sólo una línea delgada. El pelo, casi blanco de rubio, se le disparaba en todas direcciones. La amistad con Roselí había comenzado en Segundo Grado. Fue entonces cuando lo empezaron a llamar Pulgar. Su verdadero nombre era Andrés. Cuando se mudó desde el pueblo de San Fernando a El Molino, era solamente un niño



asustado que se chupaba el dedo y al que apenas le dirigían la palabra.

Roselí lo tomó bajo su protección. Si lo molestaban, ahí estaba ella. Y todos sabían que la gordita de pelo tieso y colorín jamás se iba a rendir, aunque le costara una paliza. Al poco tiempo dejaron de molestarlo. Ya era uno más en la clase.

— ¡Siéentate!

Pulgar se dirigió a Roselí.

— No tiene remedio.

— No digas eso —dijo Roselí—. Mejor es que la sueltes. Ya está cansada.

Pulgar soltó a Beata y se fue a sentar al lado de Roselí, suspirando.

— Algo le funciona mal a esta perra. No entiende nada.

— La falla está en el que la entrena —dijo Roselí.

— Pero si lo único que yo quiero...

— Está en todos los libros. Los perros no tienen nada de malo. La culpa es de quienes los entrenan.

Beata corría y olfateaba por todos lados. Era una perra robusta y completamente blanca que se movía con torpeza y daba la impresión de que usaba la cola como timón.

— ¿Qué es lo que hago de malo? —preguntó Pulgar después de un rato.

— Debes darle más cariño.

— Pero... si me lo paso acariciándola. Más que a nadie en el mundo. Hasta duerme en mi cama, a pesar de que mi papá me lo prohibió.

— Cuando vivamos en una casa —dijo Roselí— yo también voy a tener un cachorro.

— Ya estás de nuevo con lo mismo.

— ¡Oye!

— ¿Mm?

— ¿Por qué me dijiste "rana" hoy en la escuela?

— ¿Yo?

— Sí, tú.

Pulgar llamó a Beata con un silbido. La perra estaba a unos cincuenta metros de distancia, entre los troncos verdosos, mirándolos, con el hocico levantado y la cola parada. Parecía una imagen sacada de algún libro de perros.

Pulgar silbó de nuevo.

Esta vez Beata se decidió y partió a toda la velocidad que podían darle sus patas largas, tirando las orejas para atrás y balanceando el cuerpo.

Pulgar no alcanzó a levantarse.

— ¡No me saltes! —gritó.

Un minuto después estaba en el suelo con Beata lamándole las orejas. Dando un alarido, Roselí se lanzó sobre ella y los tres dieron vueltas en el pasto. Beata se zafó de ellos y le clavó los dientes a la parca roja de Roselí.

— ¡Suéltala, bestia!

Beata gruñía y la miraba con los ojos entrecerrados. Roselí la agarró del cuello con fuerza y Beata soltó la parca gimiendo.

Roselí miró cómo la perra se agazapaba delante de ella. Lentamente, la soltó. Tenía pelos blancos en la mano.

— ¿Qué te pasa? ¡Ella estaba jugando no más!

Roselí se puso de pie mientras Pulgar acariciaba a Beata.

— Usi, dusi, usi, dusi —le repetía.

— Ustedes dos no van a ganar ni el bingo —comentó Roselí.

Empezó a caminar.

— ¿Qué es lo que te pasa? —le gritó Pulgar—. ¡Roselí!

Pulgar se levantó y corrió detrás de ella con Beata saltando a su lado.

— ¿Por qué te pones así? —preguntó jadeando—. No estamos enojados, ¿verdad?

Roselí se detuvo y abrazó a Beata, sintiendo su nariz fría y húmeda junto a la mejilla.

— Perdón —murmuró.

— Eso de "rana"... no era por nada —continuó Pulgar—. Lo que pasa es que a veces uno se pica.



## CAPÍTULO TERCERO

— Hay que acariciarles el cuello —dijo Roselí—. Así lo hacen las perras con sus cachorros. Me gustaría saber si las águilas hacen lo mismo con sus hijos.

— ¿Las águilas?...

Ya estaba oscureciendo y hacía frío. Roselí rodeó con un brazo los hombros de Pulgar y con el otro sostuvo la correa de Beata.

— ¡La paaata! —le ordenó.

— Uno podría pensar que no es cierto que su mamá ganó un premio —dijo Pulgar.

— O JALÁ QUE sea un hombre —dijo Eddie.  
— Por lo menos alguien que ya conozcamos —agregó Elena—, como El Anguila.

— ¡No! ¡El Anguila es una lata!

— Ahí viene Ojos de Acero...

Como todos los días lunes en la mañana, el Quinto Grado de la Escuela El Molino esperaba en fila en el corredor. Se escucharon los pasos rápidos y decididos del director.

— Buenos días —dijo Ojos de Acero abriendo la puerta—. ¡Adelante!

Los alumnos entraron a la sala y se ubicaron en sus lugares respectivos. Ojos de Acero sostuvo la puerta y la nueva profesora hizo su entrada a la sala de clases.

Roselí miró como hipnotizada. Era el ser más hermoso que había visto en su vida. Parecía una estrella de cine, ¡como Madonna o Carola o Sue Ellen de Dallas! O como...

— Bien —dijo Ojos de Acero—. Aquí tienen a su nueva maestra. Se llama Fernanda Abril.

Era justo el nombre que le venía. "Tenía" que llamarse Fernanda.

— ¡Asiento!

Se sentaron. Todos la miraban fijamente. Fernanda les devolvió la mirada con una sonrisa. Era una morena de enormes ojos castaños y de pelo largo y sedoso que le caía suavemente hasta los hombros.

— Van a tener a Fernanda el resto del semestre. Pero en Inglés tendrán a Juan Ponce, a quién ustedes ya conocen.

Lo conocían. Era El Anguila.



— Espero que se sigan portando tan bien como siempre. Aquí se los dejo, Fernanda.

— Gracias —contestó ella sonriéndole.

Ojos de Acero era ahora Ojos de Terciopelo.

— Bien —dijo carraspeando—. Ahora me voy.

Se fue.

Fernanda tomó asiento. Tenía la cara tostada por el sol, como si viniera llegando de vacaciones en la playa; pestañas largas y la boca roja con dientes blancos y parejos.

Abrió el libro de clases. Tenía los dedos largos y delgados y las uñas pintadas de un tono rosado. Llevaba un vestido rojo fuego que le ceñía su cuerpo esbelto.

— Mi nombre es Fernanda —dijo—. Tengo veintiséis años y he estado trabajando en la escuela de Lebu durante casi un año.

Su voz era como ella, profunda y suave.

— Y voy a estar con ustedes este semestre —continuó—. He conversado con Ana Karin y ya sé bastante de ustedes. Espero que nos llevemos bien.

— Seguro que sí —dijo Roselí.

Los demás sonrieron tímidamente. Fernanda también sonrió.

— Comencemos por la derecha. Sólo digan el nombre.

— Javier —dijo Javier.

— Roberto —dijo Robe.

— Roselí.

— Nana, aunque en realidad me llamo Natalia.

— Mm... Así veo. ¿Y la segunda fila?

— Elena.

— Sofía.

— Eva.

— Li... Li... Li...

— Bien —cortó Fernanda—. ¿Lina?

— Sí —contestó Lina con un hilo de voz.

Lina tartamudeaba sólo cuando estaba nerviosa o alterada.

— Y ahora la tercera fila —dijo Fernanda.

— Rune.

— Eddie. Me llamo Edgardo, pero lo encuentro muy difícil, así que me lo cambié a Eddie.

— Está bien, Eddie. ¿Y tú?...

— Isabel.

— Andrés —dijo Pulgar.

— Le dicen Pulgar —agregó Roselí.

— Aquí te llamas Andrés —dijo—. ¿Y ustedes dos al final?

— Max.

— Hernán.

Fernanda se puso de pie y caminó entre las filas de bancos. Roselí sintió un suave olor a perfume dulzón. Esta profesora era totalmente distinta a Ana Karin. Como el día de la noche.

— En la sala de profesores vi un ejemplar del diario que ustedes hacen, "El Cahuín". Y Ana Karin me informó que le dan una última revisión los lunes en la mañana. Lo trajeron hoy, ¿verdad?

Contestaron afirmativamente.

— Pero de ahora en adelante no vamos a dedicar todo el viernes al periódico, sino que vamos a seguir el horario.

— Justo cuando me tocaba a mí ser redactor —dijo Max.

— Comencemos por la página uno.

— ¡Profesora!

— Tú eres Roselí, ¿no?

— Sí. Lo que pasa es que nosotros tenemos nuestros clientes.

— ¿"Clientes"?...

— Sí, los que compran el diario.

— Ellos van a sobrevivir lo más bien sin nosotros —dijo Robe—, pero la plata que íbamos a ganar la queríamos usar para hacer un viaje de estudios.

— Pensábamos ir a los lagos del sur —dijo Eddie—. ¡Maldición!... ¡Pensar que tenemos como ochenta mil pesos!...

— No necesitas expresarte de esa forma —dijo Fernanda con amabilidad.

— Es que no puede hablar de otra manera —dijo Roselí—. No tiene vuelta...

— Quédate callada, será mejor —interrumpió Eddie.

— Ahora todos se van a quedar callados —ordenó Fernanda.

— Podríamos votar para ver qué es lo que vamos hacer con el diario —propuso Roselí.

— ¡Roselí! ¡Tú también te quedas callada!

— Sí, pero... Ana Karin...

— ¡Silencio!

Fernanda se sentó sobre su escritorio.

— Ahora soy yo la que decide las cosas —dijo— y no quiero saber nada de lo que hacían o no hacían con Ana Karin. Pienso que han perdido demasiado tiempo con el diario. Existe un plan de estudios que hay que seguir y eso es precisamente lo que pienso hacer.

La clase guardó silencio.

— Vamos a empezar por la primera página. ¿Quién escribió la parte del tiempo?

— ¡Yo! —gritó Roselí—. ¡Escribí la primera página completa, porque yo era la redactora!

Fernanda la miró. Roselí le devolvió la mirada. Curiosamente, pudo darse cuenta cómo la veía Fernanda. Roselí ya no era El Águila, ni El Gato. Roselí era La Rana.

## CAPÍTULO CUARTO

— S E LE nota que ha sido modelo —dijo Elena. — ¿Y entonces qué vino a hacer aquí, a El Molino? —quiso saber Nana.

Eran sólo siete las niñas de la clase y ahí estaban todas juntas, en el comedor. Les había tocado la mesa de más atrás, la que llamaban Oasis, por la cantidad de plantas que le había puesto el Sexto Grado anterior.

— Yo estoy segura que es modelo —dijo Elena—. No es que sea linda no más. Se le nota en la forma de caminar..., cómo se mueve..., cómo se pinta..., en fin, en todo.

Elena era la belleza de la clase.

— Y además la sonrisa —agregó.

Ensayó con la boca y les sonrió a las demás.

— Necesita entrenamiento —aclaró.

Roselí contempló a la rubia Elena.

— ¿Tú entrenas esas cosas?

— ¡Por supuesto!

Roselí mordisqueó su manzana. La sintió dulce y ácida al mismo tiempo, sana y jugosa... tenía un sabor que le subía hasta los orificios de la nariz.

— Aunque hay algo que no se puede entrenar —dijo Elena—. Uno lo tiene o no lo tiene. Es el estilo.

Siguió comiendo su queque y miró a los demás con sus ojos gris verdosos.

— El estilo —repitió.

Isabel y Sofía se miraron con malicia.

— Además es buena —dijo Lina, que encorvada sobre su plato revolvía la ensalada sin probarla.



— Por lo menos, a mí me parece que es buena —aclaró.

Elena suspiró.

— Forma parte de lo que hablábamos. Ustedes comprenden, uno tiene que ser lejana, distante y elegante. Eso es tener estilo.

“Se cree que tiene estilo —pensó Roselí—, cuando lo único que tiene es que es linda. Una tonta linda, como muñeca, rubia y de ojos azules. Pero la pobre no se da cuenta que no es nada, absolutamente nada, comparada con Fernanda”.

— Todos nuestros compañeros están enamorados de ella como tontos —dijo Isabel.

— No todos —interrumpió Sofía.

— ¿Quién es el que no?

— ¡No pienso decirles!

— ¡Mírenla! ¿Adivinemos con quién anda?

— ¡Con Max!

— ¿Le has dado un beso? ¡No creo!

— ¿Le has dicho que te gusta?

— ¡No pienso decirles!

— ¡Elena! ¿No eras tú la que andaba con Max? ¡Claro que eras tú!

Elena contestó con una mueca y se levantó. Caminó balanceando la bandeja como si llevara un vestido de novia en un desfile de modelos en París. A un metro del mostrador tropezó y el plato cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

Roselí lanzó una carcajada. Las demás se quedaron calladas y Roselí se tapó la boca con la mano. Con las mejillas ardiendo, Elena comenzó a recoger los restos. Uno de los profesores se acercó a ella y todos los alumnos de la escuela miraron a la niña del pelo largo y rubio, que acucillada, buscaba a tientas los pedazos rotos.

Roselí se levantó precipitadamente de su asiento.

— Voy a buscar una pala y algo con qué barrer —gritó—. Esto tiene que hacerse con estilo.

— ¡Maldita antipática! —murmuró Elena entre dientes.

La última hora de los lunes tenían clase de gimnasia.

— Yo había pensado que podríamos ir al bosque a dar un paseo —dijo Fernanda—. ¿Qué es esa torre que sobresale?

— Un mirador.

— No se puede subir ahí. Está prohibido, porque está en muy mal estado.

— Está cerrado con cadenas.

— Profesora —dijo Max—. Nosotros los hombres no queremos dar ningún paseo. Queremos jugar fútbol en el gimnasio. Todos los lunes lo hacemos y el portero nos echa una mirada.

— De acuerdo. Los que quieran dar un paseo se van conmigo y los que quieran jugar fútbol, se quedan. Ahora vamos a tener recreo.

— ¡Apúrense! ¡Vámonos directo al gimnasio!

Roselí se quedó un rato sentada. No sabía bien lo que quería. Le gustaba el fútbol y la idea del paseo le parecía una lata. Pero, por otro lado, tenía ganas de ir con Fernanda, mirarla, escuchar su voz y tal vez..., tal vez hasta conversar con ella y saber más de su vida.

— ¿Vienes? —le preguntó Ana.

— No sé...

Pulgar asomó la cabeza por la puerta.

— ¡Roselí! —gritó—. ¡Somos siete no más!

— ¡Ya te escuché! ¡Ahora voy!

— Menos mal, porque si no habríamos tenido que jugar tres contra tres y seguro que me habría tenido que quedar afuera.

— Sí sé —contestó Roselí.

Max y Eddie eran los que elegían. Quedaban Roselí y Pulgar. Le tocaba elegir a Max. Miró a Pulgar y después a Roselí.

— Al menos tú peleas los puntos —dijo señalándola.



Roselí sintió que una oleada de calorcito la recorría desde el estómago al pecho.

— Juega atrás. ¡Nada de paseos por la cancha!

Ella asintió con la cabeza.

— Tú te quedas al arco —le dijo Eddie a Pulgar.

— ¿Por qué siempre yo...?

— ¡Quédate callado o te vas con las niñas al bosque!

Pulgar se colocó al arco. Se pasó la mano por el pelo rubio, con cara de furia.

“Por qué será tan cargante —pensó Roselí—. En el fondo es superbueno y correcto. Pero no como Max. A todos les gusta Max. Él sabe lo que quiere y lo hace. Siempre se le ocurren cosas nuevas; siempre pasan cosas donde él está. Jamás tiene miedo”.

Robe era pequeño y rápido como ardilla. Se puso en el mismo lado de Roselí. Cuando recibió la pelota trató de pasarla por un costado, pero Roselí alcanzó a darle un empujón y lo tiró contra las escaleras de madera del gimnasio.

—Tiro libre para nosotros —gritó Eddie.

—Fue un “tackling” justo —terció Max.

— ¡Casi lo matan!

Robe se levantó gimiendo.

— Debería ser expulsión —dijo—. Me pegó con todo el hombro en el pecho... y además la obstrucción.

— Bueno ya... —reconoció Max.

Pero le sonrió a Roselí y ella le sonrió aún más. Eddie pateó el tiro libre, pero Rune, el arquero, alcanzó a parar la pelota con la mano y Hernán la tomó de vuelta, pasó a Javier con un “dribbling” y divisó a Max corriendo en la media cancha. Le hizo un pase. A pesar que Eddie trató de bloquearlo, Max chuteó un hermoso tiro levantado que pasó sobre Pulgar y penetró sin dificultad en el arco.

— ¡Uno-cero!

Max formaba parte del equipo local AIK de jugadores de 12 años y era, por supuesto, la “promesa” del lugar. Era un muchacho delgado, rápido y bueno para hacer goles,

media cabeza más alto que el resto de sus compañeros y el líder indiscutido. Hernán se acercó y le revolvió el pelo mientras le sonreía con admiración.

— ¡Ya los tenemos!

Estuvieron un cuarto de hora jugando a todo vapor, corriendo sin descanso. Roselí ya no tuvo fuerzas para seguir corriendo y trató de detener a Robe tirándole la polera, pero ya estaban muy cerca del arco. Pateó y fue gol.

— ¡Gorda, debiste haberlo chocado!

— ¡Córtenla, ella hace lo que puede! —gritó Max.

Avanzó hacia Roselí y le rodeó los hombros con un brazo.

— ¡Vamos! ¡Ánimo!

Con los ojos llenos de gotas de transpiración, lo vio como a través de una nube.

— Claro que sí...

Bromeando, Max le dio un puñete suave en el estómago.

— ¡Vamos!

Ella tragó saliva y le hizo un gesto con la cabeza, sintiendo una nueva oleada de calor dentro de ella. ¡Aunque cayera muerta en medio de la cancha, seguiría luchando por Max!

El marcador estaba 3 a 3. El juego había perdido fuerza. Todos estaban empapados. El portero observaba el partido desde la puerta, mirando la hora de vez en cuando. Tenía una pala y una escoba en la mano.

Rune le tiró la pelota a Max, quien la retuvo mientras miraba a su alrededor. No había nadie a su izquierda. Roselí empezó a correr.

— ¡Aquí estoy! —gritó jadeando.

Al momento Max lanzó un tiro alto que voló sobre Eddie y Robe, y que finalmente le cayó a Roselí en el estómago. Logró sacar fuerzas para seguir corriendo, ya casi sin sentir las piernas de tan cansada. Cuando levantó la vista, se dio cuenta que estaba sola frente a Pulgar.



Él estaba unos metros delante del arco, inclinado hacia adelante y con las manos abiertas, como si se fuera a tirar de piquero en una piscina. Cerró los ojos.

Roselí chuteó la pelota con tanta fuerza que sintió que el hueso le retumbaba hasta la cadera.

La pelota golpeó el palo del arco, rebotó en el trasero de Pulgar y entró rodando al arco.

— ¡Yuupiii! —gritó Roselí.

— ¡Primero en el palo y después...! ¡adentro! —dijo el portero con una sonrisa.

— ¡Maldición! —gritó Eddie—. ¿Para qué tienes las manos, Pulgar?

— No pude hacer nada...

— ¡Tenías que haberlo cubierto, tonto!

Max y Hernán daban saltos de alegría. Pulgar se veía desconsolado.

— Lindo gol —dijo el portero—. Bueno, se acabó el juego por hoy.

— Sólo cinco minutos más —pidió Robe—. ¡Cómo nos van a ganar con un gol tan tonto!

— ¡Ya ganamos 4-3 y el partido se acabó! —dijo Max.

Apretó el puño derecho y lo levantó en señal de triunfo. Reía con toda la cara, y con los ojos brillantes miró a Roselí.

Ella tambaleó de alegría y cansancio.

— La próxima vez —le dijo Max— te voy a elegir a ti como número tres.

Las mejillas le ardieron a Roselí inexplicablemente. Sintió un nudo en la garganta, como si fuera a llorar. La alegría le provocó un estremecimiento como de escalofrío.

— Tengo que apurarme —dijo y corrió al camarín.

Permaneció un momento sentada en el camarín de mujeres.

— Max —dijo, saboreando la palabra como si se tratara de un delicioso queque de "Condis".

## CAPÍTULO QUINTO

**R**OSELÍ DECIDIÓ no ducharse y en cinco minutos estuvo lista. Escuchó el ruido de sus compañeros en el camarín contiguo.

Salió al corredor, caminó un poco y abrió la puerta, sintiendo el aire fresco como hielo contra su cara sudorosa.

Se quedó junto a la puerta esperando. Los pálidos rayos del sol iluminaban El Molino y el viento soplaba suavemente. De manera casi imperceptible se notaban los primeros indicios de la llegada de la primavera.

— ¡Roselí!

Era Pulgar. Venía arrastrando los pies y con el pelo mojado y todo revuelto.

— Menos mal que me esperaste —dijo—. Ahora, vámonos.

— ¿Qué están haciendo los demás?

— Hace como dos horas que se están duchando.

— Ah.

— Y después se sientan y se ponen a conversar. ¿Vámonos?

Roselí estaba indecisa.

— Bueno, ya —dijo finalmente.

Salieron al camino en silencio.

— ¡Qué gol más malo! —dijo Pulgar.

— ¿Malo? ¡Fue inatajable!

— Si por lo menos no hubiera recibido la pelota con el trasero. ¿Por qué me tienen que pasar estas cosas?

Pulgar caminaba enfundado en su parca azul, chutendo las piedrecitas del borde del camino.



Roselí silbaba calladamente.

— Lo puedo ver como en un video —musitó—. Retrocederlo, adelantarlo, fijar la imagen... ¿Te fijaste en Max cuando hice el gol? ¡Hizo así!

Le puso la mano empuñada debajo de la nariz y se rió de su cara.

— Muy pronto te vas a poner igual de pesada.

— ¿Cómo quién?

— Como Max. Es un tronco.

— ¿Qué es un tronco?

— Uno como Max.

Bruscamente, Roselí le dobló el brazo a Pulgar con toda su fuerza. Pulgar lanzó un aullido.

— ¡Estás loca!

— Mm...

— Hiciste lo mismo con Beata, sin importarte que le doliera. ¿Qué es lo que te pasa?

— ¡Córtala!

— ¿Estás enferma?

— ¡Córtala, te dije!

Habían llegado al pueblo y siguieron caminando por la Calle Larga, la de las hermosas villas a ambos lados. El bus del norte se detuvo en el paradero del centro comercial.

— Todavía deben estar sentados conversando —dijo Pulgar—. Yo nunca sé qué decirles, y si les llego a decir algo ni me escuchan siquiera.

Una bandada de gorriones se echó a volar en ese momento.

— ¿Adónde van, pajaritos? —les gritó Roselí.

— ¡No me estás escuchando!

— Sí, te escucho, pero yo creo que tendrías que ir a un curso en el que te enseñen a tener más confianza en ti mismo. Los deportistas famosos lo hacen para tener pensamientos positivos, como por ejemplo: ¡Yo "puedo" ganar! ¡Yo "soy" el mejor!

— Ja —sonrió Pulgar con amargura.

Estaban en medio de la subida, a la salida del puesto de revistas. Roselí hurgó en sus bolsillos. Ni un centavo.

— Yo no tengo pasta —continuó Pulgar—. ¿Así es que tú crees que si yo me convenzo de ser el mejor, voy a ser el mejor?

Ella no contestó.

— ¿Sí?... ¿Qué dijiste?...

— Menos mal que tengo a Beata —masculló Pulgar—. Pero conozco a alguien que lo está pasando peor que yo. Ana Ka... ¡Mira!

Desde donde estaban vieron a Fernanda que se aproximaba por la plaza con las alumnas de la clase. A su lado iba El Anguila conversando y gesticulando.

El Anguila medía casi un metro noventa y era tan delgado que daba la impresión de tener los brazos y las piernas de goma.

Eddie aseguraba que El Anguila era capaz de morderse el traste y el cuello.

Ahí iba caminando, al lado de Fernanda, moviendo la cabeza para arriba y para abajo como un tonto, mientras que Fernanda se veía radiante.

— Mira el abrigo de piel... A la rodilla y con reflejos plateados..., y esas botas rojas y largas, parece como un... como un pájaro exótico del Amazonas...

— Y tiene a todo el grupo como una corte —dijo Pulgar—. ¡Y una anguila al cuello!

Se rió de nuevo, pero esta vez con una risa sofocada. Roselí y él parecían los parientes pobres que esperaban que el grupo se les aproximara.

— Le mostramos todo El Molino a la maestra —dijo Isabel.

— Y también nuestras casas —agregó Nana.

Fernanda los miró.

— Vaya, vaya —dijo—. Aquí tenemos a Roselí. ¿Qué tal el partido de fútbol?

— ¡Yo hice el gol, maestra! ¡Lo tiré tan fuerte!...

— ¿No te duchaste? Tienes la cara totalmente sucia.



— No alcancé. Yo me... me voy a duchar en la casa...

De nuevo la mirada de Fernanda, esa curiosa mirada y la boca ligeramente fruncida. Pero después apareció la sonrisa y fue como si el sol emergiera de la noche de un solo brinco.

— Bueno, apúrate y te duchas rápido para que no te resfríes.

— Roselí es una de nuestras deportistas —dijo El Anguila con su sonrisa torcida—. *A sporting girl*, ¿no es así?

Si Roselí hubiera tenido un hacha en la mano, El Anguila habría quedado de inmediato sin cabeza.

— Y tú —dijo Fernanda dirigiéndose a Pulgar— ¿Cómo era que te llamabas?

— Andrés —contestó Pulgar.

— Andrés. Ah, sí.

Y Fernanda continuó su camino con las niñas conversándole y con El Anguila inclinándose y moviéndose para todos lados.

— ¡Ni siquiera se acordaba de mi nombre! —dijo Pulgar.

— De mí sí que se acordaba.

Continuaron caminando lentamente hacia la casa de Pulgar.

— De alguien como tú se acuerda cualquiera —dijo Pulgar con acento lúgubre—. En fin, sé de alguien que lo está pasando peor que...

— ¿Tengo la cara sucia?

— Un poco. ¿Por qué?

— Por nada.

Estaban delante del jardín de Pulgar.

— Yo quería decir que la profe...

— ¡Olvídate, te digo!

— No necesitas gritar, escucho de lo más bien —dijo Pulgar—. ¿Nos acompañas más tarde al entrenamiento?

— No...

— ¿Por qué no?

— No tengo ganas.

Pulgar movió la cabeza con tristeza, abrió la puerta y desapareció entre los manzanos, en dirección a la casa.

Roselí siguió camino a su casa. El sol brillaba con más fuerza ahora. El aire fresco de septiembre penetraba a sus pulmones. Se sintió increíblemente contenta, increíblemente infeliz y atrozmente hambrienta, todo eso al mismo tiempo. Mientras caminaba iba escuchando a *Roxette* que cantaba *Listen to your heart* dentro de su cabeza.

Casi corrió los últimos metros, sintiendo cómo la música se adueñaba primero de ella, después de El Molino y finalmente de todo lo que había bajo el cielo azul.

## CAPÍTULO SEXTO

MIENTRAS ROSELÍ comía dos gruesas tajadas de salchichón y tomaba un vaso de leche, leyó un papel que había sobre la mesa.

"Roselí: Trabajé hasta las 11:00. Despiértame a las 16:30. Papá."

Miró de nuevo dentro del refrigerador. Había tres papas heladas en un plato. Se comió una. Después cortó un poco de queso y enseguida más; tomó leche directamente del paquete y se chorreó toda la campera de jeans.

"Dos papas heladas... No es mucho", pensó.

Las cortó en rebanadas, las aliñó, y las puso en un pan decorándolas con tajadas de salame, pepino, lechuga y tomate.

Muy contenta, llevó el plato a su pieza y puso el *stereo*. Le disminuyó el volumen y se acostó encima de la cama. Se devoró el sandwich mientras escuchaba *Never ending love*.

Miró la hora. Las cuatro y cuarto. Decidió darse una ducha.

Un momento después, el agua caliente le caía por el cuerpo llenando de vapor el cuarto de baño.

Se lavó el pelo; sus manos llenas de espuma blanca le recordaron a Beata. ¡Era tan linda recién bañada!

Con el agua aún corriendo, pensó en Fernanda, y en Max, y en el partido.

"Max Lezama, el brillante delantero, tiene la pelota. Mira, buscando y ahí está Roselí, la nueva Maradona. Ella la ataja elegantemente con el pecho y se acerca a la zona de peligro. Fintea con los dos pies... ¡Increíble!... ¡Fantásti-



co!... ¡Tira... y GOOOOL! La pelota golpea el palo con tanta fuerza que el arco se desploma sobre el asustado arquero brasileño Pulgar Estrada. ¡INCREÍBLE! ¡Roselí y Max se abrazan! ¡Escenas de júbilo en la cancha!"

Cortó el agua y con los ojos cerrados tanteó, buscando la toalla. La encontró y se secó la cara. Parpadeó. Los ojos ya no le ardían.

Se miró en el espejo de la puerta del baño.

— Hola —dijo.

La niña que tenía al frente sonrió. La gordita sonrió. Todavía tenía el pelo rojo chorreando a ambos lados de su cara de hallulla, redonda y blanca. Los ojos deslavados, cafés claro, como nadando en el rostro, le brillaban enormes. La nariz aplastada, la boca ancha y carnosa y el mentón del que podría haberse dicho que casi no existía, de no haber sido por ese llamativo hoyito, pues terminaba abruptamente en el corto cuello.

Roselí parpadeó nuevamente con fuerza, pero la niña del espejo se seguía viendo exactamente igual.

— Qué increíblemente fea —dijo.

Se miró el resto del cuerpo. Blanco, gordo, fofo.

"Por lo menos tengo pechos —pensó—. Sólo Isabel y Eva tienen, pero no tan grandes como los míos".

Se cubrió con la toalla de baño. Se miró los dedos. Parecían salchichas.

Roselí le dio la espalda al espejo con un suspiro.

"En realidad, así es como soy por fuera —pensó—. Por dentro soy otra persona bien diferente. Aunque el pelo... y la verdad es que tendría que adelgazar. ¡Por Dios, cuántas veces he empezado un régimen! Aguanto medio día y después ando muerta de hambre".

Se acordó de la mirada de Fernanda, de esa mirada extraña.

Lentamente se dio vuelta. Ahora era Fernanda quien miraba a la niña en el espejo. ¿Qué tanto? Una niña baja, gordita, con el pelo desastroso y el cuerpo blanco y fofo. Sí, ¿y qué?

Se terminó de secar.

"Fernanda es algo distinto —pensó—. Es como un pájaro exótico del Amazonas que llegó a El Molino por equivocación. Pero Max..., él sí que sabe cómo soy yo realmente. Y Pulgar, por supuesto...Y mi mamá y mi papá... Y yo. ¡Basta y sobra!"

Roselí era El Gato.

Sin ruido entreabrió la puerta del dormitorio. Se quedó quieta en la semioscuridad y sus ojos amarillos brillaron. Lenta y perezosamente se acercó a la cama. Sólo movía la punta de la cola como el periscopio de un submarino.

Divisó en la cama la figura de Pedro Iván Neyra. El pelirrojo maquinista dormía de lado apretando su almohada y roncando, ni ruidosa ni sordamente, sino con pequeños quejidos de ratón.

Roselí era El Gato.

Saltó a la cama, liviana y silenciosa, con toda facilidad. Un suave ronroneo salió de su garganta, una canción sin palabras ni melodía que le venía desde adentro, desde lo que verdaderamente era ella.

Se metió bajo la frazada. Sintió el calor del cuerpo de Pedro Iván, y su ronroneo se mezcló con el subir y bajar del ronquido del ratón.

Se recostó a su lado, larga, delgada, con las garras inofensivas. Roselí era El Gato, que se estiraba.

— ¿Eres tú, Cristina? —musitó Pedro Iván.

— Mm —dijo Roselí.

Las manos del hombre buscaron su cabeza.

— No eres Cristina.

— Mm.

La acercó a él.

— Roselí... ¿Eres tú, mi Rosalita!

— Mmmmmmm...

— Mi perlita.

— No soy ninguna perla.



— Claro que eres. La perla chiquita y redondita de tu papá.

— ¡Soy un gato! ¡Un tigre!

Se abrazaron.

— ¿Qué hora es? —preguntó Pedro Iván.

— Son las 16:30. El tren a Los Ángeles va a partir en este momento. Se cierran las puertas. Tomar asiento, por favor. A sus asientos.

Él se estiró y bostezó, encendió la lámpara del velador y controló la hora. Tenía los ojos y el pelo del mismo color que Roselí, aparte de un bigote grueso y lacio como planta mustia.

Roselí le empezó a contar de Fernanda, del partido y del gol, mientras Pedro Iván se levantaba y se vestía. Era bajo y macizo, igual de blanco que Roselí.

— ¿Y es más linda que tu mami? —preguntó.

— ¡Es que ella es modelo!

— Lo importante es que te caiga bien.

— Por supuesto que me cae bien. Es imposible que a uno no le caiga bien. ¿Papá?

— ¿Mm?

— ¿Te molestaron alguna vez porque eras pelirrojo?

— La verdad es que sí. Me decían: Mira, ¡parece que hay un incendio!, o cosas por el estilo. Ya hemos hablado de esto. Después se pasa.

— A lo mejor.

— ¿En qué piensa mi perla?

Estaban en la cocina. Pedro Iván pelaba papas.

— Tal vez sea más fácil para un hombre —dijo Roselí.

— Mmmmm...

— Un hombre puede ser feo y a pesar de eso lo pueden encontrar buenmozo.

— *Sure, baby* —dijo Pedro Iván—. ¡Pregúntale a tu mamá! ¡Pregúntale a todas las mujeres del mundo!

Se reía mientras movía en el aire el cortador de queso.

— Claro que en realidad tuve que pelear hartito en la escuela. Uno se olvida...

Empezó a poner la mesa.

— Pero... ¿y si no se puede pelear? —preguntó Roselí.

— ¿Cómo?...

— Es que... ¿Y... si son así... no más...?

— ¡Rosa! ¿Es que hay alguien que te está molestando?

— No, pero...

— Tú sabes que si te pasa cualquier cosa tienes que contarnos inmediatamente.

— Mm.

Pedro Iván miró la hora.

— Tu mamá va a llegar de un momento a otro. ¿Por qué te estás poniendo la parca?

— Tengo que salir.

— ¿"Tienes" que salir?

— Sí. Me tengo que ir. A veces uno "tiene" que hacer algunas cosas. ¿No lo puedes entender?

Él movió la cabeza.

— Pero... ¿y no vas a comer?

— ¿Estás loco? ¿No te dije que había empezado a hacer un régimen?

— Mm... ¿Desde cuándo?

— ¡Desde hace media hora!

Roselí lanzó una carcajada. Ya estaba afuera.

Beata se había sentado y Pulgar estaba delante de ella.

— Bien. ¡Quédate ahí!

Retrocedió un paso con el dedo índice levantado.

— ¡Quédate ahí!

Retrocedió otro paso más. Parecía como si estuviera hipnotizando a Beata.

— ¡Quédate ahí! ¡Muuuuuuy bien!

Entonces Beata se levantó y le saltó encima moviendo la cola.

— ¡No!

— Hazle cariños —dijo Roselí desde el portón.

Pulgar la miró.

— ¡Hola!



— Yo creí que estabas en el bosque. Tienes que acariar-la un poco ahora.

Beata recibió unos golpecitos aprobatorios en la cabeza, y de inmediato partió corriendo hacia el portón, donde estaba Roselí.

— Fui primero allá a buscarlos —dijo ella haciéndole cariños a Beata en la nariz.

— ¿Para qué? —dijo Pulgar acercándose a ella.

— Es que...

Permanecieron un rato callados en la penumbra. Beata los abandonó y empezó a olfatear entre los arbustos.

— Me porté mal contigo —dijo Roselí.

— Ah...

Miró el suelo como si fuera él quien necesitara disculparse.

— Resultó lo de "quédate ahí".

— Sólo un momento —dijo Pulgar—. Estuve pensando en lo que me dijiste. Que la estimulara, que le diera algo como premio, así es que compré dulces para perro.

Metió la mano en el bolsillo y se los mostró.

— Ayuda bastante.

Roselí sacó uno y lo probó.

— Tiene el mismo gusto que un chocolate común y corriente. Voy a sacar otro.

— ¡Pero... Roselí!...

— Uno sólo. Estoy muerta de hambre. Hace horas que estoy buscándote. Tuve que ir al bosque y después de nuevo para acá.

Pulgar le dio otro y de paso sacó uno para él también.

— ¿Y qué es lo que querías decirme? —preguntó Roselí.

— ¿Yo?

— Mm.

— ¡Ah!... ¡Sí!... ¡La profe!

— ¿Fernanda?

— ¡No, no! Ana Karin. La operaron hoy.

Roselí se quedó mirando fijamente a Pulgar.

— Hoy, sí... Era hoy...

— Mi mamá me contó que tenía cáncer en un pecho y que se lo iban a sacar.

— ¡No te creo!

— Es verdad.

— Y nosotros ni siquiera... ni siquiera... hemos pensado en ella.

— No te vayas a poner a llorar ahora.

— No estoy llorando. Yo... yo... ¡Oh, Pulgar!

Roselí estiró los brazos sobre la reja y apretó la cara de Pulgar contra la suya. Al comienzo él trató de zafarse del abrazo, pero después le respondió y Roselí pudo sentir su aliento contra la nariz. Ella empezó a llorar y él dejó escapar un sollozo.

— Ella sí que lo está pasando mal —gimió Pulgar—. ¡Por qué tenía que pasarle eso!...

Beata apareció en ese momento corriendo con una pelota roja en el hocico, y comenzó a saltar entre los dos.

— ¡Vete! —ordenó Pulgar.

— Juntemos plata y le compramos un ramo inmenso de flores —dijo Roselí—. ¡De toda la clase! Oye...

— ¿Sí?

— ¿Me das otro más?

Cada uno sacó un dulce. Ya estaba casi oscuro.

— En el fondo no tenemos solución —dijo Roselí—. ¡Cómo pudimos habernos olvidado de Ana Karin! ¡Con lo buena que es!

## CAPÍTULO SÉPTIMO

**F**ERNANDA REPARTIÓ las pruebas. El sol de primavera brillaba radiante y se filtraba a través de los marcos de las ventanas, formando rectángulos sobre el suelo y los bancos.

Eran los primeros días de octubre. Desde su asiento, Roselí podía fácilmente divisar las hojas de los álamos.

—Vamos a tener un control escrito de la tarea —anunció Fernanda.

“¡Socorro!”, pensó Roselí.

La mitad de su banco tenía sol. Ella trató también de recibir su tibieza. No resultó para nada.

—Y ahora vamos a separar los bancos —continuó Fernanda.

—Chao —le dijo Roselí a Nana—. De todas maneras no te habría podido ayudar nada, porque no hice la tarea.

—Ya me empezó a doler el estómago —respondió Nana.

Separaron los bancos con gran estrépito.

Eddie levantó la mano.

—¿Qué pasa, Eddie?

—No puedo hacerlo.

—¿No estudiaste la lección?

—Sí, pero no entendí nada.

Elena y Sofía se rieron por lo bajo.

—Ya veremos —le contestó Fernanda.

—Sí, pero es que con Ana Karin no hacíamos nunca pruebas...

Fernanda dejó de prestarle atención y abrió el libro.

—Ahora vamos a empezar —dijo.



— ¡Maestra, me molesta esta cuestión!

Fernanda lo miró. El sol daba de lleno en su hermoso rostro.

— Eddie —le dijo con dulzura—. ¡Supongo que quieres aprender a escribir bien!

— Mm... Yo quiero...

— No me interrumpas. Tengo que poner orden en esta clase. Parece que han estado trabajando como han querido. Mi obligación como maestra es hacer que ustedes aprendan algo. Trata de hacerlo de todas maneras, Eddie. ¿De acuerdo?

— Mm... —murmuró Eddie con el lápiz en la boca.

— “El urogallo estaba en el árbol” —leyó Fernanda—. “El cazador disparó”. “El pájaro resultó herido”.

Guardó silencio mientras observaba a sus catorce alumnos. Roselí se escarbaba la nariz.

— ... “Herido” —repitió.

— Ahora hay que estar en silencio, Roselí. —Continuó: “El marinero del barco que naufragó nadaba en el agua brillante”.

— ¡Dios mío! —dijo Eddie.

Roselí sintió que el lápiz resbalaba en su mano sudorosa. A su espalda escuchaba los suspiros de Pulgar.

“Seguro que él sí estudió —pensó Roselí—, así que no sé por qué está suspirando tanto”.

Miró al resto de sus compañeros. Elena y Sofía habían terminado la frase y esperaban la siguiente mirando a Fernanda. Rune todavía estaba escribiendo y Eddie miraba el papel y trazaba con gran cuidado algunas letras. Daba la impresión de estar haciendo escritura rúnica mientras movía los labios como murmurando.

— “La cola del chimpancé era hermosa” —leyó Fernanda.

“La cola del sapo era horrorosa”, escribió Roselí.

— “Ahora es tu oportunidad, dijo el sargento” —leyó Fernanda.

“Sácate el sombrero”, escribió Roselí.

— “La cabra suelta en el campo andaba comiendo albahaca; comió después toronjil y después tallos de malva”.

“Perdone, profesora, pero yo no estudié. No se enoje conmigo”, escribió Roselí.

— ¡Max y Hernán! Recojan las pruebas, por favor —dijo Fernanda.

— No hay derecho —alegó Eddie—. ¡Ay! ¡Me mordí la lengua!

Los muchachos de la clase estaban jugando fútbol después de almuerzo. Roselí podía distinguir, desde donde estaba, la voz de Max en la cancha.

— ¡Pasa la pelota, no te quedes con ella! —Pulgar estaba solo a un costado gritando.

— Me dio dolor de estómago esta prueba —dijo Nana—. Estábamos mejor con Ana Karin.

— Ana Karin —dijo Elena con una mueca—. Ahora estamos trabajando de verdad. Nada de tonterías de diarios.

Estaban conversando en un grupo, pero Roselí no perdía de vista a los futbolistas.

— Fernanda es más moderna —dijo Sofía—, pero uno también tiene que estudiar. ¿Tendrá novio?

— Seguro que sí —terció Isabel.

— Estábamos mejor con el diario —dijo Roselí—, y era mucho más entretenido.

Elena la miró.

— Y tú, ¿por qué no estás jugando fútbol? —le preguntó.

— Es mi problema.

— Vámonos —dijo Sofía—. Ya no aguanto a esta gorda.

Ella y Elena se fueron tomadas del brazo.

— Ahora van a ir a pegársele a Fernanda —dijo Roselí—. ¿Se han fijado cómo la miran y le sonríen y andan poniendo caras todo el día? ¡Se creen modelos!



— Tú sí que no pareces modelo para nada —agregó Isabel—. ¿No crees que sería bueno que te arreglaras un poco el pelo?

— ¿Que me hiciera qué?

— Bueno... una permanente... o...

Tocaron el timbre para entrar.

— Ya me empezó de nuevo el dolor de estómago —comentó Nana—. Fernanda dijo que iba a corregir las pruebas a la hora de almuerzo.

Roselí miró a Max, que acababa de tirar la pelota al aire. Cabeceándola, se acercó a la puerta.

— Córranse —les gritó—. ¡Me van a ver batir todos los records! ¡Voy a entrar cabeceando por los pasillos hasta la misma clase y después daré un pelotazo a la pizarra con la "b" y la "v"!

Se le cayó la pelota cuando llegó a la primera puerta.

— ¡Qué pena! —dijo Roselí.

Entró arrastrando los pies. Hubiera preferido irse a casa.

Fernanda traía las pruebas. Las puso ordenadamente sobre su escritorio.

Era miércoles y terminaban temprano. Tenían matemáticas a la última hora.

— Empecemos desde el número 32 y para mañana traigan terminado hasta el 42. Si trabajan concentrados pueden hacer la mitad de los ejercicios aquí en la clase.

— Pero es que tienen a, b, y c —dijo Hernán.

— Déjense de alegar. Están bastante atrasados.

— Tenemos otras cosas que hacer aparte de las tareas —dijo Max—. Yo tengo que ir a entrenar.

— Trabaja más, entonces. No vienes a la escuela a entretenerte.

— Qué raro —dijo Max—. Yo creía que sí.

Roselí levantó la vista y vio cómo Max miraba a Fernanda fijamente y cómo ella desvió la mirada mientras sonreía suavemente.

— Ya está bueno, Max —dijo ella—. Déjate de discutir.

"Le gusta Max —pensó Roselí—. Se le nota a la legua."

Comenzó a hacer los ejercicios y de vez en cuando lanzaba una mirada al montón de pruebas. Se sentía más y más deprimida.

Un olor dulzón le hizo adivinar la presencia de Fernanda a su espalda. Ella, con sus ojos inmensos color avellana y sus largas pestañas, estaría mirando desde la altura su espalda inclinada, sus dedos de salchicha, su cuello. Fernanda en lo alto, hermosa, lejana, inalcanzable. Abajo, agachada en el banco, Roselí con las manos sudorosas, la boca seca; una pequeña bola de grasa.

Fernanda era El Águila.

Roselí era La Rana.

Nana repartió las pruebas.

— ¡Sólo cinco faltas!

— ¡Oh, no!

— ¡Miren aquí! ¡Las tres primeras frases! ¡Ni una sola falta!

Roselí miró su hoja. Ni siquiera se molestó en contar los errores.

— ¡Silencio!

— ¡Maldición! —gritó Eddie—. ¡Trece faltas! ¡Rune tuvo sólo ocho!

— ¡Eddie! ¡Ahora te callas!

Fernanda miró a la clase.

— Teniendo en cuenta cómo han sido las clases de castellano que han tenido —dijo—, el resultado ha sido bastante bueno. Lina tuvo solamente dos faltas. Habría sido un cinco. Hernán, Elena y Eva, tres. Desgraciadamente, a otros les fue bastante mal: Eddie tuvo trece faltas y Roselí dieciséis.

— Yo no había estudiado —dijo Roselí—. Se lo escribí en el papel.

— Por favor, Roselí...

— ¡Mire! ¡Todas malas! Le puse ahí que me había olvidado de estudiar la lección. ¡No tenía para qué tirarle una raya a todas las respuestas!



— ¡Roselí!

— ¡Ahora se va a poner a llorar!

Roselí sintió que la cara le ardía.

— Es injusto —dijo—. ¡Injusto!

— Pero, por favor, a todos les hice la misma prueba...

Fernanda se puso de pie.

— Tienes que comprender, Roselí...

— ¡No tengo que comprender nada!...

Se cubrió la cara con las manos.

— ¡Ya se puso a llorar!

Fernanda se acercó a ella, le separó las manos de la cara y le tocó una mejilla.

— Bueno —dijo—. La próxima vez te irá mejor, pero tienes que estudiar. Oye, Roselí...

Fernanda bajó la voz. Roselí sintió que su perfume las unía, dejando aparte al resto de la clase.

— Leí lo que escribiste al final. Por supuesto que no estoy enojada contigo. Te das cuenta, ¿verdad?

— Perdón, profesora...

— ¿Somos amigas?

— Sí —musitó Roselí.

— Esa rata asquerosa —dijo Elena en voz alta.

Fernanda se dirigió a ella.

— ¡Nunca más quiero volver a escuchar algo semejante! ¿Lo entendieron?

Elena siguió dibujando en su papel sin levantar la vista.

— Ya —dijo finalmente.

Sofía lanzó una risotada. Fernanda volvió a su escritorio.

— Escribí el promedio de la clase al final de la hoja —dijo—. Seis errores. Se van a llevar la hoja a casa y me la traen firmada. Seguro que sus padres quieren saber cómo les está yendo en la escuela.

— ¡Llegar a la casa con doce faltas —dijo Robe— y decirle a papá que debe poner su firma! ¡Jamás en la vida!

Fernanda le sonrió.

— Así es —le dijo y le hizo un gesto simpático con la boca que provocó la risa de todo el Quinto Grado de El Molino, incluso de Robe...

De todos, menos de Roselí. Ella tenía otras cosas en qué pensar. Sintió que la alegría la invadía llenando todo su cuerpo, como las flores silvestres invaden el campo en verano. Percibió el calor y los aromas. Vio revolotear mariposas azulverdosas y, más allá, golondrinas que plácidamente flotaban en el azul infinito del cielo.

Leyó la última parte. "No se enoje conmigo, por favor". ¡Oh... Fernanda!

## CAPÍTULO OCTAVO

— **D**IECISÉIS FALTAS... es realmente malo  
—dijo Cristina.

— Nadie tuvo tantas faltas como yo —aclaró Roselí—. Ni siquiera Eddie.

Estaban comiendo tallarinés con salsa. La mamá de Roselí movió la cabeza con desaprobación. Roselí se rió y se sirvió una nueva porción.

— ¡Esto no es para reírse!

— ¡No me estoy riendo de eso!

— La peor de la clase...

— ¡No había estudiado!

— De todas maneras...

— ¡Mamá!

— Es que estoy preocupada. Nunca habías traído un resultado tan malo... Dieciséis faltas cuando el promedio es seis.

— ¡Mamá! ¡No sigas!

— Sí, pero es que...

— ¡Por favor!

Cristina retiró su plato en silencio, lo enjuagó y lo puso en la máquina de lavar. Era chiquita y menuda. En su cara delgada, los ojos grises se le veían más grandes de lo que realmente eran, y al sonreír parecía que una luz, capaz de contagiar a los demás, se prendiera dentro de ella.

"Se ve como si fuera una alumna del Sexto Grado", pensó Roselí.

— ¡Eres el colmo! —dijo Cristina.

— Me olvidé de estudiar.



— ¿Y eso qué?  
 — Bueno, primero empecé a estudiar, ¿entiendes?  
 — Mm...  
 — Y después pensé que era tan aburrido que mejor lo dejé para después. ¿Entiendes?  
 — ¡Déjate de decir "entiendes"!  
 — Y después me puse a leer "La gente de la gruta del oso". ¿Entiendes? Perdona. ¿Tú también lo leíste, mamá?  
 — Sí. Yo también lo leí ¡Pero lo leí en mi trabajo!  
 — Ah, entonces debí haberlo leído en la escuela, ¿verdad?  
 — No me digas...  
 — De todas maneras yo le dije la verdad a Fernanda, se lo escribí en la prueba y ella comprendió, porque es buena persona. ¡Mamá! ¡La prueba no es lo importante! ¡Lo importante es que yo no le caigo mal!  
 — ¿Y por qué le ibas a caer mal?  
 — No sé. A veces... Sí, a veces ella me mira de una manera tan rara y yo siento en el aire como si... ¿Mamá?  
 — Mm.  
 Roselí enjuagó su plato. Cristina guardó el resto de la salsa de tomate en el refrigerador. Eran las cinco y media de la tarde y un rayo de sol color rosa entraba por la ventana de la cocina del segundo piso de la calle Centenario.  
 Justo cuando Roselí iba a abrir la boca se escuchó el teléfono. Cristina lo tomó.  
 — Taller de mecánica Autocar —dijo—. ¿Sí?  
 Roselí se puso a reír como loca. Al comienzo, Cristina la miró interrogante, pero después no le quedó más remedio que reírse con la misma risa loca de Roselí.  
 — ¡Dios mío, eras tú!  
 — Está llamando desde el cielo —gritó Roselí.  
 — ¿Cómo dices? ¡Rosa! ¡Quédate callada! ¡No escuchó lo que dice tu papá!  
 Roselí se sentó en su falda a escuchar.

— Imagínate —dijo Cristina—, estaba pensando en otra cosa y creí que estaba en el trabajo.  
 Roselí tomó el teléfono.  
 — Hola, papá —dijo—. ¡Mamá me ha prometido mandarme a hacer la permanente!  
 — ¡Yo no te he prometido nada!  
 — ¿Qué es esta conversación de locos en que estoy metido? Estoy en Talca y llego a casa a las 19:30.  
 — 19:30 —repitió Roselí—. ¡Correcto!  
 Cristina tomó el teléfono.  
 — Ya escuché —dijo—. Te espero.  
 Aún riendo, colgó el teléfono.  
 — ¡Mamá! ¿Me dejas?  
 — ¿Hacer qué?  
 — ¡La permanente!  
 — Roselí... ¡Te vas a ver como un hotentote!  
 — Pero es que yo quiero...  
 — Son tantas las cosas que tú quieres...  
 — Sí, pero que nunca consigo. Primero, vivir en una casa; segundo, el perro, y ahora... Déjame, mamá... ¡Por favor!...  
 — Déjame conversar con Ula a ver qué es lo que ella opina. Sí, de todas maneras necesitas un corte de pelo. En realidad pareces espantapájaros así como estás.  
 — Es que antes no se me había ocurrido —dijo Roselí.  
 Roselí silbó corto dos veces y esperó. El jardín estaba oscuro.  
 Los manzanos recién podados se destacaban contra el cielo como si fueran objetos extraterrestres.  
 A Pulgar no se le divisaba por ninguna parte.  
 Con enorme precaución, Roselí abrió el portón de la reja y se escabulló entre las sombras. Silbó nuevamente dos veces. Las cortinas estaban corridas, pero dos pequeñas aberturas se notaron en la oscuridad. Roselí se aproximó aún más.  
 — Hola.



Dio un salto. Pulgar estaba delante de ella.  
 Él se encaminó al portón, y luego le descargó una patada haciéndolo chirriar.  
 — ¡Espérame!  
 Lo vino a alcanzar ya en la calle.  
 — ¿Qué te pasa?  
 Lo miró a la luz del farol de la calle. La cara de Pulgar estaba toda roja y cubierta de lágrimas.  
 — ¡Pulgar! ¡Espérame!  
 — Qué es lo que...  
 — ¡Maldito sea!  
 — ¿Quién?  
 — ¡Mi papá!  
 — ¿Pelearon de nuevo?  
 — Me pegó. Le mostré la prueba y empezó a retarme. Yo tenía seis faltas y ese era justo el término medio; entonces él me empezó a decir que yo no tenía por qué ser uno del montón. Que tenía que ser el mejor. Beata se asustó tanto que se escondió debajo de la mesa. Ahí fue cuando le dije: Papá...  
 — ¿Sí? —preguntó Roselí con un hilo de voz.  
 — Le dije: Papá, no me retes más. Pero él siguió, no más. Y Beata todavía seguía debajo de la mesa temblando. Entonces le grité: ¡Torturador de animales!  
 Tragó saliva. Roselí lo abrazó.  
 — Estuvo bien —le dijo.  
 Pulgar le retiró el brazo.  
 — Entonces fue cuando me pegó. Mi mamá salió del dormitorio y empezaron una tremenda pelea. ¡Y todo por mi culpa!  
 — ¡Maldito abusador!  
 — Es mi papá —dijo Pulgar con la voz llorosa.  
 Comenzó a caminar.  
 — ¡Espera un poco! —gritó Roselí—. ¡Quédate quieto!  
 Sacó su pañuelo, le echó un poco de saliva y le limpió la cara.  
 — Casi siempre hay gente en el quiosco —le explicó.

— Encerré a Beata en mi pieza. ¿Sabes lo que hice antes de salir?  
 — ¿Mm?  
 — ¡Le saqué un billete de la billetera!  
 Se metió la mano al bolsillo y sacó un billete todo arrugado.  
 — ¡Que bueno! Yo no tengo ni un peso, porque cuesta un montón de plata hacerse la permanente.  
 — ¿Qué dijiste?  
 — El pelo con rulos.  
 Pulgar sonrió...  
 — Eso me gustaría tener —dijo.  
 Habían llegado caminando hasta la plaza. El quiosco quedaba entre el Hotel de la Plaza y el Banco de Ahorro.  
 — Dame la plata —dijo Roselí—. Yo soy la experta.  
 Se guardó el billete. Se aproximaron a la luz que salía del quiosco. Algunos jóvenes estaban conversando al lado de sus motocicletas. Roselí lanzó una rápida ojeada donde estaban los caramelos.  
 — Quisiera cuatro de éstos y cuatro de éstos y seis de los rojos... Todavía nos queda plata.  
 — Pide más de los salados —dijo Pulgar.  
 — Bueno. Diez de esos que están allá.  
 Roselí continuó:  
 — Soy una bala para las sumas. Ahora nos quedan cincuenta pesos. Tú decides.  
 Pulgar se sacó el gorro y se rascó la cabeza.  
 — Esos —dijo dudando—. ¿O llevamos los de allá?... O mejor...  
 — Llevemos éstos, no más —dijo Roselí.  
 — ¿Te fijaste quiénes están aquí? —escuchó que alguien decía detrás de ella.  
 Roselí no necesitó darse vuelta para saber que era Elena.  
 — Con razón es gorda como un sapo —dijo Sofía.  
 Pulgar recibió la bolsa con los caramelos.  
 Elena y Sofía se le pusieron al lado.



— Ahora vamos a saber en qué andan ustedes —dijo Elena.

— ¿Qué es lo que les pasa? —quiso saber Pulgar.

— ¿Así que son novios?

— ¿Qué?

— ¡Ten cuidado, Pulgar! ¡Si le das un beso te van a salir verrugas en la nariz!

Las dos soltarón una carcajada.

— ¡Qué par de antipáticas! —dijo Pulgar.

Los cuatro estaban un poco alejados del quiosco. Roselí sintió que la ira se apoderaba de ella y pensó en pegarle a una de las dos, tal vez a Elena, la del pelo largo y rubio y los enormes ojos azules.

— ¡Ya, pues, Pulgar, reconoce que son novios!

— ¡Córtenla! —gritó Roselí.

— Nadie más tendría estómago para ser su novio. Ni siquiera Juan, el tonto de Sexto.

— ¡Mira! Parece que la ratona ésta piensa pelear. ¡Cómo es de tonta!

— Vámonos —dijo Roselí.

Lo arrastró de un brazo.

— ¡Ya no nos puedes ir a acusar donde Ana Karin!

— ¿Por qué son tan pesadas? —les preguntó Pulgar.

— Pesadas... ¿Quién es la pesada? ¿Te fijaste lo que hizo hoy? ¡Todos tenían ganas de vomitar! Esas cosas le resultaban con Ana Karin..., ¡pero no con Fernanda!

— ¡Vámonos! —gritó Roselí.

Arrastró a Pulgar con ella.

— ¿Por qué no les pegaste?

— Porque... sólo los niños chicos pelean.

Pulgar se detuvo y la observó.

— Jamás te había escuchado algo así.

— No. Eso era... antes... ¡Dame la bolsa!

— ¡No es conmigo con quién estás enojada!

Roselí se llenó la boca de caramelos. Le pasó la bolsa a Pulgar.

— El resto es para ti —le dijo con la boca llena.

— Gracias —dijo Pulgar con rabia.

Caminaron en silencio.

— ¿Te fijaste en una cosa? —preguntó Roselí finalmente.

— ¿En qué?

— Se habían pintado los ojos y la boca.

Él no contestó. Siguieron caminando y llegaron a Centenario.

— La verdad es que a veces uno se enoja contigo —dijo Pulgar.

— Ya me lo has dicho —contestó Roselí—. ¡Y tú no eres más que un llorón!

Se detuvieron frente a la puerta de Roselí.

— Sube un rato si quieres —invitó Roselí.

— Es mejor que me vaya ahora ¡Oye!

— ¿Sí?

— ¡No estés triste!

— Mm.

— Todo va a ser mejor cuando te hayas hecho la permanente.

Roselí hizo una mueca y Pulgar apretó los labios.

— ¡Vete luego, tonto —le dijo—, antes que te tire una piedra en la cabeza!

## CAPÍTULO NOVENO

— **S**Í, VAN a tener muchas lecciones escritas —dijo El Anguila—. Ya lo decidimos con Fernanda.

Empezó a recoger las pruebas. Se movía como una jirafa entre los bancos.

— ¿Y por qué? —preguntó Javier.

— Porque es el mejor método —contestó El Anguila—. Me he dado cuenta que no han aprendido nada en dos años, así que hay que trabajar mucho más.

— Claro que hemos aprendido —dijo Hernán—. Ya estudiamos la Segunda Guerra Mundial. Le dedicamos todo un número especial en nuestro periódico.

— La Segunda Guerra Mundial —dijo El Anguila con una mueca—. ¡Se comienza con la Edad Media y al final se estudia la Segunda Guerra!

— Sí, pero lo hicimos así porque mi abuelo estuvo en un campo de concentración —explicó Isabel—. Y Ana Karin dijo que podíamos trabajarlo como un tema y hacer un trabajo de grupo. Entrevistamos a mi abuelo y aprendimos montones.

— Y leímos millones de libros —agregó Roselí—. ¡Fue súper entretenido!

— ¡Por favor, Roselí!

— ¡Y escribimos un poco de historia en el diario!

— ¡Y aprendimos lo que eran los nazistas y los fascistas!

— ¡Y vimos "La familia Bernett" por la tele!

— ¡Fatal!

— ¡Solamente porque la mamá era judía!



— ¡Uno entendía de qué se trataba!  
— ¡Por favor! —gritó El Anguila—. ¡Quédense callados! Fernanda y yo...

— ¿Son novios?

La cabeza de El Anguila giró en rededor como la luz de un faro, buscando a quien había hecho el último comentario.

— Fernanda y yo —dijo finalmente— hemos estado conversando sobre esta clase. Si hubiera sabido antes lo que sé ahora, habría hecho algo.

— ¡Ahora resulta que somos la clase peor del mundo y sus alrededores!

Eddie estaba radiante de alegría.

— *Please* —dijo El Anguila—, *take up your books. Page number twenty and read. Quietly, please.* Mientras tanto, voy a corregir las pruebas.

Después de algunos minutos, la clase quedó en silencio.

Se escuchó un susurro de voz. Roselí reconoció la voz burlona de Elena.

— ¡Seguro que Fernanda le dijo que no a este adefesio!  
El Anguila levantó la cabeza inmediatamente.

— *Who said that?*

Los catorce alumnos lo miraron con sorna.

— *It must have been a ghost!* dijo Eva, que era la mejor en Inglés.

Elena y Sofía tomaron sus bandejas y se levantaron apenas vieron que Roselí se había sentado en la mesa de las niñas.

Nana las quedó mirando.

— ¿Y qué les pasa?— preguntó.

Roselí trató de sonreír.

— A lo mejor tuvieron que ir al baño.

Isabel la miró con malestar. Las otras muchachas guardaron silencio.

— No entiendo lo que está pasando con la clase —dijo Roselí—. ¡Todos están tan raros! Antes éramos más unidos y jugábamos todos juntos. ¿Qué les pasa a ustedes, que están ahí como zombies?

— ¿No te puedes quedar callada alguna vez? —preguntó Eva.

— No he dicho nada del otro mundo.

— Tuve tres malas en la prueba de Inglés —dijo Lina con amargura.

— Yo tuve nueve —comentó Roselí—. ¡Miren a Pulgar! ¿Se fijan que parece que se hubiera ganado un premio? No tuvo ninguna falta.

— Algunos van a estar contentos —agregó Nana—, pero no va a ser mi mamá.

— ¿Cuántas tuviste?

— Mejor ni les digo.

— Tuvo catorce —dijo Eva incorporándose.

Vació su bandeja y se fue a sentar en la mesa de Elena y Sofía.

— Y ella es mi mejor amiga —musitó Nana.

— Júntate conmigo y con Pulgar —dijo Roselí.

Nana miró el techo en lugar de contestar.

— ¿Qué quieres decir con ese gesto?

— ¡Ah!...

Se quedaron en silencio. De cuando en cuando escuchaban las risas de Elena, Sofía y Eva.

Roselí miró para otro lado. Se notaba que estaban hablando de ella. Sintió ese calor al estómago que la hacía transpirar y le dejaba la boca seca. Hubiera querido desaparecer y reconocer: "Sí, soy una rana, déjenme tranquila".

"No me tiene que importar —pensó—, porque si no, van a conseguir lo que quieren. ¡No me va a importar!..."

"Roselí, tu papi está durmiendo, no lo despiertes. Hay leche, *corn-flakes* y galletas. Llamé y hablé con Ula, y tienes hora a las tres. Escucha su opinión y no te pongas a



discutir con ella. Hay plata en el living, debajo del florero, pero es para tu pelo, no para dulces.

TU MAMÁ".

La peluquería de Ula estaba en el primer piso de un edificio situado detrás de la plaza. Había dos sillas frente a los espejos y un sofá para los que esperaban. En la mesa, un montón de revistas.

Ula, una cuarentona alta y maciza, hacía réclame en vivo para su peluquería. En su inmensa cabellera rubia, sobresalía un mechón rojo encendido que le daba un aspecto de semáforo.

— Tienes que esperar un poco —le dijo—. Lee una revista por mientras.

La peluquería de Ula olía a mezcla de laca, bálsamo, talco, aceite y también un poco a quemado. A uno le recordaba como olor a fiesta, a bautizo, a casamiento, a discoteque y a velorio...: a la vida completa de una mujer.

Roselí se sumergió en uno de los cojines y se dispuso a esperar. Hojeó las revistas. Era una de las tantas mujeres que esperaban que Ula las transformara.

Roselí era La Mujer.

Miró las fotos de las revistas y los titulares. Ahí estaban las mujeres famosas, las artistas, las más lindas, las mujeres de los hombres famosos. "¡Lea la vida de la mujer más famosa de nuestros tiempos: Jackie Kennedy! ¡Sus amores, sus tragedias, su dinero, toda su vida extraordinaria!"

Y la diosa Madonna: "El año pasado el monto de sus impuestos fue nada menos que de 180 millones".

Había artículos para todos los gustos femeninos: "El amor de mi vida", "Después de ocho años, seguimos igual de enamorados", "Su nueva mujer", "Juntos, hasta que la muerte nos separe", "¿Tiene Carola un novio secreto?"

"¡Roselí Neyra, la gran estrella de Hollywood, nos cuenta su último romance! La joven y hermosa actriz nos

recibe con su alegría exuberante cuando la visitamos en su residencia en Beverly Hills, una mansión en lo alto de la montaña con una imponente vista a todo Hollywood. La famosa actriz nos sale a recibir en la escalera de su palacete y detrás de ella divisamos a su último pretendiente, el conocido futbolista de Juventus, Max Lezama, quien, luciendo su bronceado y mientras sonríe casi con timidez, toma de la mano a Roselí.

— Bueno —dice con picardía—, en realidad somos amigos de la infancia. Me hace feliz ahora que estamos juntos.

"Y se da vuelta hacia él. Sus miradas se encuentran y es como si el mundo se hubiera detenido para admirar a la famosa pareja. La contagiosa risa de Roselí, que tan familiar nos resulta en la pantalla, se escucha una vez más. Su nuevo amor la abraza con ternura.

— Mi mujer —dice Max Lezama en tono serio— no debe agotarse haciendo tantas películas. La próxima semana iremos en nuestro yate a las islas Bermudas. Yo me voy a entrenar en cubierta, aunque en realidad, no muy en serio, porque no tenemos para qué esforzarnos. Para eso tenemos todo lo que necesitamos, ¿no es así, mi amor?"

— ¡Sí! —responde ella—. ¡Nos tenemos el uno al otro!

"Y juntos se dirigen a la piscina color esmeralda a refrescar sus cuerpos dorados.

— ¡A propósito —concluye Roselí dirigiéndonos una sonrisa esplendorosa mientras se alisa su famosa cabellera aleonada—, mándenles mis saludos a todos mis antiguos amigos y díganles que es *wonderful* estar aquí en *Hollywood*!"

Roselí era La Mujer.

— Bien, Roselí —dijo Ula—, es tu turno.

— ¿Rulos?... —preguntó Ula con incredulidad—. No creo que te vengan mucho.

— Me van a quedar bien —aseguró Roselí—. Estoy segura.



— Tienes el pelo tan delgado...  
 — No es para tanto.  
 — Y si te lavo y te lo corto y te peino un poco a lo paje, ¿no crees que sería mejor?  
 — Es que yo quiero tenerlo crespo.  
 — ¿No será que tienes una idea fija con esto de los rulos? Mira, ¿si te corto y te peino así?...  
 — Yo sé que me va a quedar bien —dijo Roselí—. Me voy a ver totalmente diferente. Totalmente diferente...  
 Ula lanzó un suspiro.  
 — Una permanente cuesta más de cinco mil pesos —dijo—. Si después te arrepientes, no queda más que hacer una cosa.  
 — Cortarme el pelo —contestó Roselí sonriendo frente al espejo.  
 Ula se rió.  
 — Tendría que alisarte el pelo y es igual de caro. ¿Le preguntaste a tu mamá?  
 — Sí.  
 Ula se enjuagó las manos.  
 — Voy a hacer lo de Poncio Pilatos —dijo.  
 Se miraron a través del espejo.  
 — Bien, señorita. Ahora comenzamos.  
 Roselí asintió amablemente con la cabeza. Ella era ahora La Mujer, pero frente a ella estaba sentada una gordita pálida con cara de susto.  
 “Dios mío —rogó—. Sólo este favor te pido. Haz que los rulos me queden bien. Hazlo por mí y por mi mamá. Perdona que le haya mentido a Ula, ¡pero tengo tantas ganas de hacerme la permanente! Amén”.

## CAPÍTULO DÉCIMO

**S**E DETUVO frente a la puerta.  
 —¡Hola! —gritó.  
 — ¡Estoy en el living! —contestó Pedro Iván.  
 Roselí se sacó las botas y la parca y entró al living furtivamente.  
 Pedro Iván estaba recostado en el sofá con el diario tapándole la cabeza.  
 — ¿Papá?  
 — Mm.  
 Se produjo un silencio. Pedro Iván retiró el diario y se volvió hacia Roselí.  
 — Mm —dijo.  
 — ¿Te gusta?  
 — ¡Ven para acá, crespita!  
 Se reía con toda la cara. Estiró los brazos y tiró a Roselí sobre el sofá.  
 — ¡Mm! ¡Qué bien hueles! ¡Mm!...  
 — ¡Papá! ¿Me quedó bien?  
 — Mm... Te ves... divertida...  
 — ¡Divertida!  
 — Linda, entonces. ¡Diferente!  
 Ella lo abrazó y lo besó.  
 — ¿Es cierto? ¿Es cierto?...  
 — ¿Se te pueden tocar los rulos?  
 — ¿Estás loco?  
 Le acarició la cabeza de todos modos, con mucho cuidado.  
 — ¡Y cómo brilla!

— Se puso un poco más rojo —dijo Roselí—. No tan desteñido como era antes. Así dijo Ula también. Quedó bastante contenta.

Aquí está el dinero que sobró. Mejor que te lo entregue.

— ¿Y por qué?

— Es que estoy tan contenta; y cuando estoy así, no me dan ganas de comer dulces.

— Pero si siempre tienes ganas —dijo Pedro Iván.

— Sí, y cuando me siento desgraciada... ¡echo abajo el quiosco!

Se rieron juntos y después se quedaron un buen rato en silencio.

— Roselí —dijo finalmente Pedro Iván—. ¿Y esa prueba de Inglés?

— ¿Cuál?

— Esa en la que tenías nueve faltas y el promedio de la clase era siete.

— Uff...

— ¿Estás haciendo las tareas?

— Esta vez había estudiado.

— A tu mamá le va a dar un ataque.

— Uff...

— Sí, Roselí, y a mí también. Hay que firmar la prueba y uno tiene que leer lo que firma.

— Estas pruebas son tan tontas. Estudias y al otro día no te acuerdas de nada. Duele el estómago y uno se siente pésimo.

— Tu mamá y yo no comprendemos mucho la cosa. Nosotros no éramos de los mejores alumnos, pero... uno se pregunta... Lo que quiero decir es que si tú sabes que vas a tener prueba, por...

— Es que uno no sabe. Es lo que llaman pruebas sin aviso, control de tareas por escrito. Antes jamás teníamos estas pruebas. ¡Ah! ¡Tengo que llamar a Pulgar!

Salió corriendo, pero antes se dio una mirada rápida en el espejo.

Los rulos se veían un poco raros, pero eran rulos, después de todo. ¡Rulos pelirrojos que lanzaban destellos!

— ¿Aló, Pulgar? ¡Soy yo! ¡Me hice la permanente!

— ¿Qué?

— ¡Me hice la permanente!

— ¿Qué?

— ¡Estás tan tonto! ¡Termina de decir "¿qué?" a todo!

— Mi mamá me contó que la profe ya está en la casa —contó Pulgar—. Te estoy hablando de Ana Karin. Le sacaron los dos pechos.

— Oh —dijo Roselí.

Hubo un silencio.

— ¿Estás ahí? —preguntó Pulgar.

— Mm.

— Algo me dijiste del pelo, ¿verdad?

— Mm... ¿Ya entrenaste a Beata?

— No. Pensaba ir al bosque después, cuando haya hecho las tareas.

— Yo también voy a ir. ¿Dentro de media hora?

— OK —dijo Pulgar y cortó.

— Vamos a comer a las siete —dijo Pedro Iván.

— ¿Y mi mamá?

— Está en el supermercado.

Roselí salió muy apurada. Ya había pasado más de un cuarto de hora desde que había hablado con Pulgar. El viento había empezado a correr, pero era un viento tibio. Roselí atravesó el pueblo casi corriendo y con la parca abierta, hasta que llegó al camino que llevaba al bosque.

"Cómo estará Ana Karin... —pensó—. No entiendo por qué tienen que hacer algo tan horroroso... No quiero pensar en eso ahora, no justamente hoy..."

Todavía no había anochecido. Los árboles del bosque se erguían cimbrando sus ramas nuevas al viento. Se sentía el olor a pasto aún más intensamente que el olor del salón de Ula.



Roselí se sentó junto al antiguo mirador y esperó. Pasó una eternidad. Y otra más. El viento azotaba la torre y la hacía crujir sobre su cabeza.

De repente se decidió. Saltando las cadenas del ferrocarril y el letrero "ENTRADA PROHIBIDA", comenzó a trepar por la torre.

Subió despacio. La torre se movía quejándose. Abajo quedaba la claridad del bosque; sobre ella, una débil niebla flotaba como un velo. En lo alto, justo debajo de la plataforma, el viento soplaba aún con más fuerza.

"Los rulos podrán aguantar un poco de viento", pensó Roselí.

Finalmente pudo dejarse caer sobre la plataforma. A su izquierda podía ver todo el pueblo de El Molino con sus autos circulando para uno y otro lado de la Calle Larga. Se veían como cucarachas amarillas, azules, rojas, blancas...

Las personas parecían hormigas moviéndose para todos lados sin que uno supiera realmente para dónde, con bolsas, portafolios, coches, bicicletas y motos. Para arriba y para abajo, para adentro y para afuera de las casas.

Roselí se rió despacio.

Roselí era El Águila.

— ¡Aló! —escuchó la voz de Pulgar—. ¡Roselí!

Miró abajo. Ahí estaba, buscándola con Beata. Una figura diminuta con un perrito blanco que tenía una cola como hélice.

— ¡Roselí!

Pulgar se detuvo y empezó a mirar entre los troncos. Estaba casi en línea recta debajo de Roselí.

— ¡La pata!

Beata olfateaba el suelo moviendo la cola.

"Se dio cuenta que pasé por ahí —pensó Roselí—. ¡Pero no me queda más remedio!" Silbó.

Beata partió a toda velocidad con Pulgar corriendo detrás de ella.

— ¡Acuéstate!

Beata había llegado a la torre. Con la nariz en alto, olfateaba y se restregaba.

— Oaaaarr —ladró Roselí.

Pulgar retrocedió. Beata ladraba de gusto. Roselí empezó a bajar.

— ¡Soy yo! —gritó.

Pulgar retrocedió todavía más.

— ¡Soy yo, Roselí!

— ¡Cuidado con caerte!

Su voz sonó aguda. Beata ladró de nuevo y saltó contra la torre. Una nueva oleada de viento hizo que la torre se balanceara, lenta y majestuosamente, con horrible estruendo.

— ¡Eres una tonta! —gritó Pulgar.

Como a un metro del suelo, Roselí quedó colgando de un palo y saltó, cayendo al lado de Beata, que se le tiró encima de inmediato.

— ¿Por qué haces estas cosas? —preguntó Pulgar—. ¡Casi me muero de susto! ¡No se puede subir ahí! ¡Uno se puede matar!

— ¡No seas aburrido! —dijo Roselí riendo—. ¡Saca de aquí a tu perro vago!

Pulgar le miró el pelo.

— ¡Oh! —dijo.

— ¿Qué pasa? —preguntó Roselí levantándose.

— Pareces un ángel.

— ¿Ángel?

— Sí, como uno de esos ángeles sentados en una nube que mi abuela tiene en su libro de música. Te ves igual a ellos.

— ¿Qué?

— Aunque tu pelo es de otro color. Es más definido.

— ¿Más definido?

— Sí, no sé cómo se dice —dijo Pulgar—. ¿Lo puedo tocar?

Pulgar le tanteó el pelo.

— ¿En serio te gusta? —preguntó Roselí en voz baja.

— Sí —contestó Pulgar—. Pero si te hubieras caído de ahí arriba no te habría servido de nada hacerte la permanente.

Lentamente, empezaron a hacer el recorrido de vuelta. Pulgar soltó a Beata.

— ¿En qué estás pensando? —preguntó Pulgar.

— Me pregunto qué van a decir las otras niñas de la clase y Fernanda.

— Yo pienso, en todo caso —dijo—, que estás de lo más bien. Te ves exactamente igual al ángel en la nube de mi abuela.

## CAPÍTULO UNDÉCIMO

AL DÍA siguiente Roselí llegó atrasada con toda intención. Ya habían tocado para entrar a clases. Atravesó los pasillos como una exhalación hasta llegar a la sala de clases. Cuando escuchó el ruido que provenía de la sala se dio cuenta que Fernanda aún no había llegado. Se detuvo y se arregló un poco, ordenándose los crespos con suavidad. Después sacudió la cabeza para que tuvieran un aspecto más natural.

— ¿Pusiste la cabeza adentro de un secador de ropa?

Roselí se encogió de hombros. Max la miró con risa. Se escucharon los tacos altos de Fernanda saliendo de la sala de profesores.

— ¿Vas a poder cabecear con esos rulos?

— Por supuesto que sí.

— Ni un problema, entonces.

Entraron a la sala.

— ¡Viene la profesora!

— ¡Miren a Roselí!

— Está mejor que antes, por lo menos —dijo Isabel.

— ¿A quién estará tratando de impresionar? —preguntó Elena.

— ¡Adivinen a quién! —gritó Sofía poniendo los ojos en blanco al mismo tiempo que Fernanda entraba a la clase.

— Buenos días —dijo.

En ese momento divisó a Roselí que estaba justo frente a ella.

— Pero... ¡Roselí!



Fernanda se puso la mano en la boca y se dio vuelta. Todos vieron cómo su cuerpo temblaba de risa.

— Perdón —murmuró.

Elena lanzó una risotada aguda y burlona que fue como la señal de una explosión.

Roselí escuchó las risas a su alrededor como desde lejos. Todo parecía irreal. Ahí estaba sentada en primera fila mirando la espalda de Fernanda, pero al mismo tiempo sin ver ni escuchar nada. Se había transformado. Ya no era ella.

Roselí era La Rana.

Era como si estuviera sentada en un pozo oscuro. Apenas podía imaginar que allá arriba, muy lejos, estaban las luces del mundo; pero no podía imaginarse siquiera los paseos del gato en el pasto mojado o los vuelos del águila sobre Valle Poniente.

La Rana estaba en las tinieblas, inmóvil y solitaria. Nada le llegaba. Los problemas del mundo no tenían nada que ver con ella.

Tenía suficiente con sus propios pensamientos en el agua oscura y fría.

Roselí era La Rana, el personaje que más temía y que a veces, secretamente, anhelaba...

— ¡Silencio!

Fernanda trataba de hacerse oír, pero era como si hubiera soltado a una jauría de lobos.

— Se ve como una laucha a medio comer —dijo Sofía a gritos.

— ¡Esto parece una película cómica!

— ¡Silencio!

Lentamente, el ruido empezó a disminuir.

— Todos ustedes son unos ridículos —se escuchó a Pulgar—. ¡Ella se ve de lo más bien!

— ¿Lo escucharon?

— ¿Ya son novios?

— ¡Idiotas! —gritó Pulgar desesperado—. ¡No la molesten más!

Roselí se dio cuenta de que estaba a punto de ponerse a llorar.

— Bueno —dijo Fernanda—. Basta ya.

Se acercó a Roselí, pero ella siguió mirando fijo al frente.

— Perdóname Roselí. No era mi intención. Pero... te ves tan divertida...

Lina se reía en forma histérica.

— Te ves bien, Roselí..., bueno...

— Ni te acerques a mí —murmuró Roselí entre dientes—, porque capaz que te tire al suelo de nuevo.

— ¿Qué estás diciendo?

Miró a Fernanda. Los ojos de la profesora eran grandes y apacibles como los de un ciervo, las pestañas largas y las mejillas suaves... El pelo largo y brillante, y la boca roja con dientes de perlas...

El Cisne en el estanque.

El Cisne miró a Roselí, tratando en vano de ocultar el desagrado que le producía dirigirse a La Rana.

La Rana gimió sin que un sonido saliera de sus labios.

— Vamos a continuar donde quedamos ayer —dijo Fernanda mirando para otro lado—. Estábamos en plena Edad Media. ¿Qué año sería, aproximadamente?

— ¿No vas a querer más? —preguntó Cristina.

— No.

— Pero si no has comido nada —dijo Pedro Iván.

— ¡No sigan!

— Justo cuando había hecho una comida tan rica... ¡Es la carne apanada que te gusta tanto!

— ¡Mamá, termina de una vez!

Se levantó de la mesa y se encerró en su dormitorio, dando un portazo.

Hizo andar el *stereo* y se acostó en la cama a escuchar a *Roxette*. La música poco a poco empezó a adueñarse de ella, más y más, igual que una gota forma un canal y el



canal un río, hasta que este río va a dar finalmente al mar, violenta y ruidosamente.

"¡The look!" ¡Roselí querida! ¡Alguien te ve con otros ojos! ¡Alguien te espera en la oscuridad, aunque sea para divisarte, y su corazón late con más rapidez apenas piensa en tu nombre, apenas lo dibuja con sus labios!

¡Querida Roselí!... ¡Ahora es *Listen to your heart*! Es otra canción, totalmente distinta, porque en el fondo tú eres una niña buena y cariñosa, amistosa, llena de vida, de curiosidad, alegre y sensible. ¡Cuida a esta niñita, Roselí! ¡No dejes que la hagan sufrir! ¡Protégela contra la maldad de algunas personas! ¡Sálvala a toda costa!

¡Protégela para siempre! *Listen to your heart*! ¡Roselí, querida Roselí!

— ¿No puedes bajar un poco la música? —dijo Pedro Iván encendiendo la luz.

— ¡Síiii! ¡Apaga la luz!

— ¿Pasa algo, Roselí?

— No.

— Queda un poco de carne.

— ¡Ya, termina con eso, papá!

— ¿No quieres acompañarnos?

— ¡Ah! ¡Hasta cuando!...

— Bueno, perdona...

Apagó la luz, pero no cerró la puerta del todo. Un rayo de luz llegaba hasta la misma cama de Roselí. Se levantó y disminuyó el volumen.

Miró a través de la puerta. Sus padres estaban sentados uno frente al otro en la mesa redonda, a la luz de una vela, y con una botella de vino medio vacía.

Cristina le contaba algo a Pedro Iván, mientras reía y sacudía la cabeza.

Roselí pensó que era curioso que una sola vela pudiera provocar ese halo de tibieza que parecía envolverlos a los dos. Ahí estaban, conversando y riéndose, encerrados en el agradable resplandor.

La silla donde Roselí había estado se veía abandonada y vacía.

Pedro Iván cortó un poco de queso y se lo echó a la boca con un grano de uva. La mamá de Roselí abrió la boca y él estiró la mano sobre la mesa y le alcanzó algunas uvas, que parecían extraordinariamente dulces y jugosas. Roselí sintió que se le hacía agua la boca.

En realidad, Cristina era bastante pálida, pero la telefonista del taller de mecánica "Autocar" tenía esa tarde las mejillas rojas y sus ojos tenían la luz que provenía de la flameante vela.

— Bien —dijo Pedro Iván en alta voz—. Nos comemos esta carne que quedó.

— ¡No, no, no! ¡Esperen! —dijo Roselí—. Yo me la voy a comer. ¡Estoy muerta de hambre!

Pedro Iván sonrió.

— ¡Por un pelo! —exclamó.

Roselí se sentó y Pedro Iván le pasó la fuente.

— No te di ningún beso cuando llegaste —dijo Cristina—. Tenías tanto apuro en ir a tu pieza.

— Me lo puedes dar ahora cuando me vaya a acostar —dijo Roselí con la boca llena—. Hoy necesito muchos besos.

La miraron con cara de pregunta. Roselí les sonrió con toda su cara redonda.



## CAPÍTULO DUODÉCIMO

**T**OCARON EL timbre. Roselí miró somnolienta el reloj despertador. Eran las nueve y algo más. Fue a abrir en camisón y se encontró con Pulgar.

— Pero si hoy es sábado —se quejó Roselí.

— Sí, ya lo sé —contestó Pulgar—, pero pensé que...

Rascándose el pelo rubio, comenzó a golpear el suelo con el pie.

— Ya, bueno. ¡Entra de todas maneras! ¡Pero no podemos hacer ruido!

Roselí se sentó en la cama y Pulgar en un cojín de cuero al lado del *stereo*.

— Pasé a comprar autos de dulces —dijo y le alcanzó la bolsa.

— No me he lavado los dientes. ¡Pero qué más da! ¿Ya sacaste a pasear a Beata?

— Mm.

— Todas las personas civilizadas duermen los sábados en la mañana, pero tú, no.

— Pero..., es que... Beata está acostumbrada a salir a hacer pipí a las siete de la mañana... y si se pone a gemir despierta a mi papá y a mi mamá... Es justo lo que pasó hoy y por eso se armó un tremendo lío.

Comieron dulces y se quedaron un momento en silencio.

— A veces pienso que sería mejor que se separaran —dijo finalmente Pulgar—. Pasan peleando no más. Siempre, apenas están juntos. Lo peor es que Beata no lo resiste. Basta que mi papá levante la voz y ya se empieza a acurrucar. No se puede así.

— No —dijo Roselí.

— No aguanto escucharlos. Es de cobarde dejar su perro abandonado, pero...

— ¡Es que es tan linda! ¡Es la perra más linda que conozco!

Pulgar asintió en silencio.

— ¿Leíste el último "Buster"?

— Está ahí. Ya vuelvo, voy al baño.

Cuando volvió, Pulgar estaba acostado en el suelo, leyendo.

— Está bueno el tiempo, dijo Roselí.

— Mm.

— Podríamos ir en bici a Los Cedrales.

Pulgar dejó de leer la revista y la miró.

— ¿A Los Cedrales?

— Sí. A ver a Ana Karin. He estado pensándolo desde que me contaste que ya había vuelto a su casa. Seguro que se pondría feliz.

— Sí, pero queda como a veinte kilómetros.

— Podemos hacer un picnic.

— Es lejos —dijo Pulgar—. Serían cuarenta kilómetros y nos demoraríamos un día entero. Y llegar así no más... ¿Qué le vamos a decir?

— Eso no es problema. ¿Vas o no?

— Okey —prometió Pulgar—, aunque no debería. Cuando se te ocurre algo, siempre hay problemas.

— Déjate de hablar tanto y mejor empieza a hacer los sandwiches. Yo me voy a vestir.

Una hora más tarde estaban Roselí y Pulgar sentados en el bosque, a la orilla de un camino empinado, con las bicicletas estacionadas a un lado. Roselí se había sacado la parca y tenía la polera toda mojada de transpiración.

Todavía no recuperaba el habla.

— Ya llevamos quince kilómetros —dijo Pulgar tratando de darle ánimos.

Roselí lanzó una mirada furiosa.

— Así que sólo nos queda un kilómetro y medio —continuó Pulgar—, sin contar el viaje de vuelta.

— Leche —fue la lacónica respuesta de Roselí.

Pulgar abrió la mochila y buscó dentro de ella.

— Aquí está —dijo tendiéndole el paquete.

Era un hermoso día de primavera. Corría una brisa tibia y los rayos del sol quemaban.

Roselí tomó varios sorbos, sin siquiera respirar.

— ¿Tú no vas a tomar?

— Después —contestó Pulgar—. En todas las películas de aventuras solamente sobreviven los que han guardado las últimas gotas.

— Seguro —dijo Roselí con una risa forzada—. Bueno, entonces, jovencito, guarde este paquete en la mochila, si es tan amable.

— ¿Qué?

— Lo que pasa es que está abierta. Pero a lo mejor trajiste un termo para vaciar la leche...

— ¡Maldición! ¡La verdad es que ni se me ocurrió!

Roselí tomó un nuevo sorbo.

— Pásamela —dijo Pulgar.

Estuvieron descansando todavía un rato más, mientras se recuperaban y tomaban el resto de la leche.

— Ahora subamos la cuesta —dijo Roselí haciéndose sombra con la mano para mirar el camino serpenteado que tenían que recorrer.

— Es bastante empinada —contestó Pulgar—. En la escuela aprendimos que esta zona es plana. Habría sido más fácil si hubiéramos mirado el mapa antes.

Roselí se puso a masticar una hierba.

— Una vez fuimos con mi papá a Los Cedrales y me acuerdo que no había ninguna cuesta. Llegamos bastante rápido.

— Devolvámonos.

— ¡Jamás! A veces me pregunto cómo te las vas a arreglar en la vida, Pulgar. Te das por vencido inmediatamente. Eres un pesimista, a pesar de que tienes una bici-



cleta mejor que la mía, con diez cambios y con manubrio de carrera y con todo. ¡Es el colmo!

Pulgar se sintió avergonzado.

— Lo hacía por ti —dijo.

Roselí le dio un puñete suave en el pecho. Después se levantaron y continuaron el viaje a Los Cedrales.

Pedaleando lentamente hicieron su entrada al pueblo un poco después de la una de la tarde. No se veía un alma en la calle.

Daba la impresión de que todo el pueblo dormitaba con la primera ola de calor de la temporada.

— Este es un típico pueblo de gente fuera de la ley —comentó Roselí—. Los bandidos están en los techos esperándonos con las pistolas cargadas.

— ¿Y dónde está el bar? —preguntó Pulgar—. Me estoy muriendo de sed.

— Yo también. Además, quiero ir al baño.

— Aunque... Ana Karin vive frente al supermercado grande ICA. ¿No es ése que está ahí?

Avanzaron y estacionaron las bicicletas.

— Tenemos que llegar con algo... —dijo Pulgar—. Flores.

— Flores, no —contestó Roselí—. Seguro que tiene montones. Es mejor una caja de chocolates.

— ¿Tú crees? —preguntó Pulgar no muy convencido.

— Por supuesto. ¿Cuánta plata tenemos?

Contaron lo que llevaban.

— Alcanza también para cuatro Cocas —dijo Roselí—. Tomémonos dos enseguida y así tendremos que llevar dos no más cuando volvamos.

Pulgar estuvo de acuerdo y entraron al local. La dependienta les empacó la caja de chocolates.

A la salida, cada uno se tomó su bebida.

— Tengo un poco de susto —reconoció Pulgar—. A lo mejor está muriéndose.

— La habrían dejado en el hospital. Ya no aguanto más de ganas de ir al baño.

— Típico. ¡Cómo vamos a llegar pidiendo el baño!...

— Tengo que hacerlo —contestó Roselí.

— Yo también, entonces. Vive en el primer piso. ¡Entra tú primero! Toma la caja de chocolates.

Tocaron el timbre y esperaron... y esperaron... hasta que escucharon unos pasos y una llave que giraba. Era Ana Karin, que los miraba inmóvil desde la puerta.

— Ah, son ustedes —dijo como si los hubiera estado esperando—. Pasen.

Iba delante de ellos con una bata azul oscuro y un gorro blanco en la cabeza. Caminaba arrastrando los pies.

— Estoy un poco cansada —murmuró—, así que espero que no les importe que esté recostada.

La siguieron al dormitorio. Era una pieza grande y luminosa, con gran cantidad de plantas en maceteros, en la ventana, y en la mesa, en el suelo y aun en los estantes.

Ana Karin se dejó caer en la cama con cuidado. Roselí sintió un nudo en la garganta. La profesora estaba irreconocible..., especialmente los ojos. Se le veían más oscuros y hundidos, y debajo de ellos se le formaban como bolsas arrugadas.

El cuerpo macizo estaba reducido a huesos y piel. Cuando con gran cuidado levantó las piernas, tuvieron la impresión de que se le podían romper, de lo frágiles y delgadas que estaban.

— Profe... —musitó Roselí aterrada.

Ana Karin se puso un cojín debajo de la cabeza.

— Sí, me veo espantosa —reconoció—. Pero ya estoy mejor. Va a tomar tiempo, pero voy a salir adelante.

— El regalo —susurró Pulgar.

— Esto es para usted —dijo Roselí.

— Yo creo que sé lo que es —dijo Ana Karin con una débil sonrisa que también le iluminó los ojos.

Roselí reconoció entonces a su maestra.

— Necesito pasar al baño.

— La primera puerta a la derecha por el pasillo —dijo Ana Karin.



— Apúrate —le recomendó Pulgar.

Cuando Roselí venía de vuelta, la profesora le ofreció la caja de chocolates abierta a Pulgar, quien, después de tomar uno, desapareció de inmediato en dirección al baño.

— Saca tú también, Roselí. Abre un poco la ventana, por favor. Aquí está algo caluroso. Pensar que tenemos veinte grados a comienzos de la primavera.

Roselí abrió la ventana y la dejó fija. Pulgar volvió del baño y los dos se sentaron en el sofá, junto a la cama.

— La operación misma no tuvo nada de espantoso —les contó la profesora—. Por supuesto que después me dolió bastante, pero me dieron tabletas. Ahora es mucho peor, porque voy a radioterapia dos veces a la semana y tomo remedios anticancerosos. Quedo cansada con todo eso, horriblemente cansada. Saquen otro más.

— En realidad, son para usted, profe.

— Sí, lo sé —dijo Ana Karin sonriendo nuevamente—. Y estos remedios anticancerosos hacen que a uno se le caiga el pelo; por eso es que ando con este gorro ridículo.

— La hemos extrañado... —dijo Pulgar.

— Mucho —agregó Roselí.

— Y yo los he extrañado a ustedes... Tal vez no. Mientras he estado aquí acostada, descansando, hemos estado juntos. Toda la clase. Hasta hemos discutido y hecho otros números de El Cahuín.

— Pero no ha sido así —dijo Pulgar—. No hemos hecho ni un número más.

— Lo que pasa es que tú no te das cuenta de nada, como de costumbre —dijo Roselí.

— Así es que ha sido un consuelo —continuó Ana Karin— y una fuerza. ¡Quiero volver a la escuela, y voy a volver!

Roselí vio ese brillo nuevo en los ojos oscuros, ardiendo dentro de lo que ahora era Ana Karin.

— Claro que va a volver —dijo Roselí.

— Pero cuénteme, ¿ahora cómo les va?

— Bien —contestó Pulgar—. Beata ya está totalmente disciplinada.

— Y en la escuela está todo casi igual —continuó Roselí.

— ¿Y cómo le va a Fernanda?

— Es de lo más popular —contestó Pulgar—, especialmente entre las niñas.

— Mm. Me lo puedo imaginar. Las niñas hasta se hacen la permanente. ¿Verdad?

Roselí sintió que le ardían las mejillas. Ana Karin lanzó una carcajada, estruendosa y agradable, como antes.

— Roselí, Roselí —musitó—. ¡Qué loca eres!

Estiró la mano y le revolió el pelo con fuerza. Roselí sintió algo agradable.

— Bueno, está bien que les guste Fernanda.

— Pero ella no es como usted —dijo Pulgar—. Ha empezado con controles escritos, interrogaciones. Es muy moderna. Todo tiene que ser conocimiento y orden. Esto es lo que piensa mi papá, por lo menos.

Roselí guardó silencio y se dio cuenta que Ana Karin la estaba mirando. Las dos permanecieron silenciosas.

— Y ahora seguimos el programa de estudios —continuó Pulgar—. En Geografía comenzamos con Europa porque es lo primero que aparece en el libro, y en Historia estamos al final de la Edad Media.

— Bueno —dijo Ana Karin—, hay distintas maneras de enseñar. ¿Cómo le va a Eddie en esto de las pruebas? ¿Y a Hernán? ¿Y a Nana? ¿Y a ti, Roselí?

— A Eddie le va pésimo. Yo tuve todas buenas en Inglés.

— ¡Oh! ¿Y cómo te va a ti, Roselí?

— Fatal.

El aire había refrescado la pieza. Ana Karin les ofreció chocolates nuevamente.

— Comámoslos todos —dijo—. Si hay alguno de nuez, guárdenmelo.



Roselí y Pulgar eligieron con todo cuidado y Pulgar le pasó uno de nueces a Ana Karin.

—Fernanda es joven e inexperta —dijo al cabo de un momento—. Necesita seguir los libros al pie de la letra. Eso es lo que ella llama seguir el programa. Se requieren años de profesión para que uno se atreva a hacer lo que realmente quiere hacer como profesora. Aprender a conocer a todos los niños, a comprenderlos, a ayudarlos, a ser uno de ellos. Eso es lo que es difícil, y lo entretenido al mismo tiempo, para todos nosotros.

Roselí continuaba aún en silencio. Suspiró.

—Yo creo que no le caigo bien —dijo por último.

—A uno le puede caer mal todo el mundo —dijo Ana Karin—, especialmente si es inseguro. Tú puedes ser bastante molesta.

—Uno se pica con ella —aclaró Pulgar.

Ana Karin sonrió ampliamente esta vez.

—No, si uno comprende —dijo después.

—Eso es lo que pasa —dijo Roselí en voz baja—. Ella no puede evitarlo, pero a mí me cae bien de todas maneras. Uno no puede dejar de hacerlo. Es tan linda, tan regia, tan...

—Elena dice que ella trabaja como modelo también —dijo Pulgar.

Ana Karin se incorporó en la cama y quedó casi sentada. Puso un cojín detrás de la espalda.

—Nunca nos dejan ser verdaderamente niños —dijo.

Ellos la miraron con asombro.

—En mis tiempos se quería que fuéramos adultos lo antes posible. Había que parecerse a los mayores, porque nos decían que sólo así llegaríamos a ser algo en la vida. Pero de esa manera lo único que consiguieron nuestros profesores fue matarnos la infancia, la alegría, la curiosidad... lo más sano que teníamos. Y nos hicieron iguales a ellos. La bandera del plan de estudios, de la disciplina, del orden, de la aplicación... ¿a cuántos niños se los ha destruido usando estas palabras como argumentos?

Los dos en el sofá se quedaron mirando a la enferma. Aquello oscuro de los ojos había vuelto a aparecer. La profesora estiró la mano para alcanzar un vaso de agua mientras ellos observaban la mano huesuda que temblaba. Al beber, gran parte del agua quedó en su bata azul.

—Yo siempre me he negado a ser uno de esos profesores —dijo Ana Karin en voz baja—, porque no hay por qué serlo. Y ahora...

Suspirando, dejó el vaso sobre la mesa. Una vez más los miró con esa mirada oscura...

Roselí trató de tocarla.

—Profe, por favor...

—No me digas nada —dijo Ana Karin—. ¿Para qué vinieron? Hubiera sido mejor tenerlos en mis fantasías. ¡Yo tenía que desahogarme con alguien!

Con el movimiento de la cabeza el gorro terminó por correrse. Ahora se veía claramente que no tenía nada de pelo. Roselí sintió frío.

—A mí no me gusta Fernanda —susurró Ana Karin—. Estoy enferma y me siento mal y llena de amargura porque sé que me voy a morir. ¡La detesté apenas la vi! ¡Qué mujer tan desagradable! Entrando a la sala de profesores coqueteando para que todos los hombres...

La mano de Pulgar buscó a tientas la de Roselí. Cuando se encontraron, se estrecharon con fuerza.

—Profe —dijo Roselí—, tenemos que irnos...

—Si es que ahora ustedes se van a transformar en adultos tan rápidamente, más vale que sepan la verdad. ¡Esto no lo van a aprender en la escuela! Yo no quería vivir sola, quería casarme y tener niños, igual que todo el mundo. Pero no pudo ser, porque yo era todo lo contrario de Fernanda: gorda, fea, tímida, inhibida... ¡todo, todo, todo! Sí, ya lo sé, ella no tiene la culpa, nadie tiene la culpa y así va a seguir siendo.

El cuerpo frágil temblaba como sollozando y la mirada oscura se dirigía a las figuras del sofá.



Pulgar dejó escapar un chillido. Roselí lo tomó de los hombros y lo atrajo hacia ella.

— Profe —musitó apenas—. Pulgar ya no resiste más... y yo tampoco...

— Y ahora me han mutilado —gimió Ana Karin—. ¡Es todo tan injusto! ¡Tan espantosamente injusto!

Los ojos oscuros con los carbones ardiendo en su interior estaban llenos de lágrimas.

— Perdónenme, niños, pero no tengo a nadie más. Perdónenme.

Pulgar se sorbía los mocos.

— Sí, es mejor que se vayan. Perdónenme. Prométanlo.

— Sí —contestó Roselí.

Temblaba entera.

— Sí —dijo Pulgar mientras se sonaba—. Perdóne que hayamos venido... No era la intención...

— Gracias, Pulgar —murmuró Ana Karin—. Y gracias, Roselí. No soy tan espantosa como parezco. Se le ocurren tantas cosas a uno cuando está solo.

Sacó el cojín y se hundió en la cama.

Cuando se iban yendo, ella permanecía con los ojos cerrados en la pieza blanca llena de verdor. El sol entraba a raudales por la ventana y las cortinas blancas se movían con suavidad.

## CAPÍTULO DECIMOTERCERO

**D**E VUELTA, llegaron totalmente exhaustos a El Molino, como a las cinco de la tarde. A Roselí le dolía el trasero y se sentía mal, seguramente debido a las bebidas y a los chocolates.

A Pedro Iván le tocó trabajar ese fin de semana. Cristina y Roselí prepararon carne apanada con cebolla, pero Roselí apenas comió. Trató de contarle a su mamá lo de Ana Karin, pero no pudo.

Había visto a su profesora desde un ángulo para ella totalmente desconocido. De alguna manera sentía que era una experiencia que les pertenecía sólo a ellos tres. La situación había sido tan difícil que se le hacía imposible comentarla, incluso a Cristina, sin que llegara a parecer un chisme.

— Pero ella nos dijo que iba a volver a la escuela —dijo Roselí—. Nos dio su palabra.

— Es tan buena persona —murmuró Cristina—. Ella, que siempre tuvo ese aspecto tan saludable, pero... uno nunca sabe... Pobrecita.

Estaban mirando la tele. Roselí dormitaba en el sillón de Pedro Iván.

— ¿Puedo dormir en tu cama, mami?

— Mm.

Roselí entró con pasos vacilantes al dormitorio, se desvistió y se sumergió en la deliciosa cama doble. La sintió como una alfombra voladora. Los suaves resortes la mecían y la colcha de plumas la envolvía liviana como el aire. Se sintió transportada al mundo de los sueños.



Roselí estaba acostada boca abajo con los brazos estirados, como un ave en vuelo.

Roselí era El Águila.

Soñó que estaba sentada en un picacho, en lo alto, entre las montañas, observando el paisaje. El aire estaba puro y tibio, lleno de suavidad. Allá abajo se divisaba una isla verde en el cielo azul.

Roselí se sentía totalmente feliz. Esperaba algo y eso era lo que la llenaba de alegría. Sabía lo que era, y ahora iba a tener la oportunidad de verlo con sus ojos de águila. Roselí era El Águila.

En ese momento los vio. Eran otras águilas que venían volando sobre el mar, haciendo surcos.

Roselí levantó el vuelo. Volaba sobre la isla y sobre el agua, elevándose más y más con la tibia brisa. En pocos segundos, ya estaba junto a los otros.

Ahí venía Cristina volando, saludándola y sonriendo, y Pedro Iván, el águila con bigotes más pelirroja que jamás se había visto, la estaba llamando:

— ¡Hola, mi perla, hola! El Águila Roselí va a partir desde el andén número diecinueve. ¡A sus asientos! ¡A sus asientos!

— ¡Tontito! —gritó Roselí feliz.

Ahí venía Pulgar, volando como si nunca hubiera hecho otra cosa. Allá lejos había quedado su angustia y su miedo. El hoyuelo en la mejilla derecha se le veía profundo como un dedal. Allá estaba Ana Karin con su gorro blanco, una inmensa águila con enormes pechos, y Max, el águila más hermosa, volaba como un torpedo hacia el mar. Fernanda volaba cerca con botas de tacos altos. También estaban Sofía y Elena, Eva, Isabel y Nana, y todos los demás de la clase.

— ¡Ven con nosotros, Roselí! —exclamaban—. ¡Ven a volar con nosotros! ¡Ven no más!

Y Eddie se acercó volando con una sonrisa feliz en su cara redonda.

— ¡Yo ya lo sabía! —dijo—. ¡Todos somos águilas! ¡Es superentretenido!

— ¡Voy! —gritó Roselí.

¡Y las alas la llevaban con tanta facilidad!...

— ¿Qué pasa, mi amor? ¿Estabas soñando?

Roselí la miró medio dormida.

— Estabas durmiendo y riéndote a carcajadas —dijo Cristina.

— ¡Estaba soñando tan lindo! ¡Mamá!... Quiero dormir otro poco.

— Cinco minutos más, no más. Ya son más de las diez y tu papá va a llegar en cualquier momento.

Roselí miró a su mamá, que estaba sentada dándole la espalda, observándose el dorso desnudo. Cuando se aproximó a ella, vio que Cristina se sujetaba un seno con las dos manos.

— ¿Qué estás haciendo, mamá?

— Me estoy examinando, a ver si tengo algún poroto.

— ¡No tienes ninguno!

— No... pero la verdad es que uno se asusta un poco cuando piensa en Ana Karin. ¿Roselí?

— Mm.

— Tú ya tienes pechos.

— Sí, pero...

— Acuérdate que te voy a mostrar una de estas tardes cómo hay que hacerlo. ¡Levántate ahora!

— Quiero dormir otro poco...

— Ya no puedo perder más tiempo contigo. ¡Al baño! ¡Vamos!

— ¡Eres una negrera!

La besó en el cuello.

— ¡Oh!... —exclamó Cristina con sorpresa.

— Es de parte de mi papi —dijo Roselí mientras se miraba al espejo.

## CAPÍTULO DECIMOCUARTO

**A** MEDIADOS DE semana cambió el tiempo. Hacía un frío intenso y lloviznaba sin cesar. Los días se volvieron grises.

El miércoles informó Fernanda a sus alumnos que tenían autorización para organizar una tarde bailable en la escuela, tal como ya los demás cursos habían hecho.

—Será este viernes —les dijo—. El profesor Ponce y yo vamos a venir a controlar que todo esté bien.

—Entonces vamos a poder ver al Anguila zapateando en la mesa —dijo Eddie.

—¡Eddie! ¡Ya me estoy cansando de que me interrumpas todo el tiempo!

—Es que se me sale no más...

—Creo que voy a tener que llamar a tus padres, Eddie.

Eddie suspiró e inclinó la cabeza.

—Van a estar en el comedor —continuó Fernanda— entre las siete y la diez de la noche, pero hay que organizar bien todo. Propongo que la clase nombre su comité de fiesta.

—Podemos usar mi *stereo* —dijo Robe.

—Tenemos que colgar guirnaldas y cosas por el estilo —agregó Sofía.

—Esperen un momento —interrumpió Fernanda—. Esto hay que organizarlo y no tenemos mucho tiempo.

—¿Y por qué no? —preguntó Roselí—. Podemos ponernos de acuerdo entre todos y así todos pueden participar y decidir.

—¡Roselí!



— ¿Por qué no?

— ¡Porque yo lo digo! ¡Levanta la mano si es que tienes algo imprescindible que decir! ¡Si es que siguen así, suspendemos la fiesta!

— Ella siempre tiene que estropearlo todo —dijo Elena.

— Entonces ahora van a elegir un comité. Basta con tres nombres. Escribanlos en un papel y yo los recojo. Los elegidos van a responsabilizarse de todo.

Se produjo un revuelo. Todos hablaban al mismo tiempo.

— Tres nombres en un papel.

Roselí escribió "Max". Después, con el lápiz en la boca, se puso a pensar.

— No, Pulgar... no. Se pondría muy nervioso.

Al cabo de un rato escribió el nombre de Nana. Falta el tercer nombre. Miró a su alrededor.

— En realidad, no queda nadie más que...

Rápidamente escribió "Roselí" al final, dobló el papel y lo dejó en la tapa del banco.

Fernanda recogió los papeles y Javier empezó a escribir los nombres en la pizarra.

— Elena, Rune, Sofía —leyó Fernanda—. Isabel, Max y Elena.

La excitación iba en aumento.

— ¡Max tiene cinco votos!

— ¡Yupi! ¡Tengo un voto!

— ¡Eva! ¡Buuu!

Después de leer los nombres, Fernanda se volvió y miró la pizarra.

— Bueno —dijo—, ya tenemos nuestro comité de fiesta. Elena tuvo diez votos, Max nueve y Sofía siete. Ustedes resultaron elegidos.

Roselí había sacado un voto. Era triste saber que era el de ella.

"Maldito Pulgar —pensó—. Se habría visto mucho mejor con dos".

Eva había sacado cinco votos y Rune e Isabel, dos. El grupo de los de a uno estaba formado por Javier, Robe, Nana y Roselí.

Cuatro alumnos no habían sacado ni un solo voto. Eran Hernán, Lina, Eddie y Pulgar.

Roselí se dio vuelta para mirarlos. Lina estaba como siempre, con la cabeza inclinada, y Pulgar, con la lengua afuera, dibujaba concentrado.

Elena y Sofía cuchicheaban entre ellas.

— Ustedes tres van a tener la primera reunión inmediatamente después de la última hora —dijo Fernanda.

— ¡Ah, no! ¡Yo voy a jugar a la pelota! —dijo Max.

Fernanda le sonrió.

— Vas a alcanzar de todas maneras —dijo—. Ahora les voy a entregar varios papeles que tienen que llenar.

— ¡Varios!

Fernanda empezó a repartir las pruebas.

— Acaban de terminar la Edad Media —les dijo—, y el viernes les advertí que tenían que estudiar lo que habíamos visto en clases. Ahora quiero ver cuánto se acuerdan de esta materia.

— ¡No!

— ¡No más pruebas!

— ¡Yo estuve fuera todo el fin de semana!

— Seguro que te va a ir bien de todas maneras, Isabel.

— Dentro de poco voy a echar abajo la escuela —dijo Eddie—. Pruebas y más pruebas. ¡Nos vamos a volver locos!

— Esto no es una prueba —Eddie—. Solamente quiero controlar si han aprendido lo que tienen que saber. ¡Separen los bancos!

Roselí le lanzó una ojeada a las primeras preguntas. Lanzó un suspiro.

La primera hora después de almuerzo tenían gimnasia. Ya había parado de llover. Fernanda se cambió de ropa en el camarín del gimnasio, junto con sus alumnas. Tenía un



buzo de un rojo brillante y parecía una figura salida de un comercial de la tele de algún súper producto de belleza; el pelo largo, oscuro y brillante cayéndole suavemente sobre los hombros, y las pestañas con rimel azul haciéndole un marco a los enormes ojos castaños. Y esa sonrisa constante y fácil.

— Vamos, niñas, una carrera corta hasta el bosque.

Se movía en forma suave y elástica. Finalmente Roselí iba sintiéndose como un pato.

Los hombres ya estaban en el patio con la pelota.

— ¡Nos falta uno! —gritó Robe.

— ¡Ya, pues, Roselí!

— ¡Puedes tenerlos a todos para ti sola! —dijo Elena—. ¡No pierdas la oportunidad! ¡No vas a tener otra!

— Calzas mejor con los hombres —dijo Eva.

— Dale efecto a la pelota con los rulos —gritó Sofía.

Se reían a gritos.

— Y ahora más rápido —dijo Fernanda apurando el paso.

Roselí las miró pasar. La profesora adelante y detrás todas las muchachas corriendo en una fila.

— Seguro que lo deben estar pasando de lo más entretenido —dijo Max sonriendo—. ¿Qué les parece si los jugadores nos dividimos igual que la vez anterior?

— Okey —contestó Eddie.

Pulgar se acercó a Roselí.

— Oye —le dijo—. Tengo que decirte algo: no fui yo el que votó por ti.

— ¿Que no fuiste tú?

— No —continuó Pulgar avergonzado—. Compréndelo, pensé que cuando tú participas en algo, generalmente hay problemas.

— Quédate callado, será mejor —musitó Roselí—. Fue Max el que votó por mí.

— ¿Te lo dijo?

— Bueno, no directamente...

— ¡Pulgar! No te quedes ahí parado hablando tontearías —dijo Eddie—. ¡Ponte al arco y cuidado con embarrarla!

Fue un partido duro y peleado. Roselí luchó fieramente como nunca antes. Era como si hubiera dado rienda suelta a la rabia acumulada; chuteaba sin compasión y corría todas las pelotas.

— Muy bien —le repetía Max—. ¡Sigue así! ¡Ganémosles a estos tontos!

“Sí, duro con los tontones —pensaba Roselí—. ¡Démosles! ¡Duro con ellos!”

Max hizo dos goles y después Robe redujo el marcador. Casi enseguida empezó a llover y la pelota se volvió de plomo. El partido se puso más peleado.

— Roselí es una chancha jugando —se quejó Eddie—. Si hubiéramos tenido un árbitro, la habrían echado hace rato.

— Es una mujer —se burló Max mientras se limpiaba la lluvia de la cara— y no son capaces con ella. ¡Vamos! ¡Peleen otro poco! ¡Faltan cinco minutos no más!

Fernanda y las chicas se acercaron corriendo y gritando, completamente mojadas.

En ese momento Eddie logró tocar la pelota y desviarla hacia el arco, pasándola entre las piernas de Hernán.

— ¡Dos-dos!

— ¡Maldición! —dijo Max—. ¡Juguemos hasta que toquen!

Los otros estuvieron de acuerdo. Llovía cada vez más y Roselí tenía la nariz chorreando. Se sonó con los dedos.

Max recibió la pelota y se adelantó hacia la defensa. Pulgar vaciló, después se tiró con fuerza a las piernas de Max, derribándolo. La pelota rodó hacia la línea del gol.

No había nada que hacer. Max había hecho la jugada, finteando y finalmente chuteando la pelota.

Pulgar se tiró a la derecha del arco. Justo cuando la pelota iba a entrar por el medio del arco, puso Pulgar instintivamente una pierna e interceptó el gol.



Sus compañeros se abalanzaron sobre él. Todos estaban empapados.

— ¿Cómo diablos fue esto? —preguntó Rune.

Pulgar logró salirse de la pila humana. Tenía la cara toda embarrada y el pelo con arena, pero resplandecía de felicidad.

— ¡La atajé, la atajé! —gritó.

En ese instante, toda la ira de Roselí se esfumó por completo. Se acercó a Pulgar y lo abrazó con cariño.

— ¡Qué buena atajada! —murmuró.

Max se quedó mirándolos con las manos en las caderas.

— Estás loca —le dijo a Roselí—. ¿No te diste cuenta que nos empataron?

— ¡Y qué más da!

Rodeando el cuello de Pulgar con un brazo, se dirigieron al camarín a cambiarse de ropa.

— Puf —dijo Eddie—, sin ella ni siquiera habrían empatado.

— Mm —concedió Max—. ¡Y además tiene los pechos grandes!

Max lanzó una risa burlona y le dio un codazo.

— ¿No te fijaste? ¿No se los miraste cuando estaba empapada?

— No —contestó Eddie cándidamente.

## CAPÍTULO DECIMOQUINTO

**R**OSELÍ SE dejó caer pesadamente en el banco del camarín, con el pelo y la nariz chorreando. Buscó en los bolsillos de sus pantalones algo con qué sonarse, pero no encontró nada.

Las otras niñas de la clase ya se habían duchado y estaban vistiéndose.

— ¿Vieron a Fernanda?

— ¿Se fijaron cómo trotaba?

— Tenía cuidado con su peinado.

Roselí estornudó.

— Córranse para acá —dijo Sofía—. ¿No saben que tiene microbios?

— ¡Microbios mortales!

Roselí fue al baño a sonarse, sacó un montón de papel higiénico y volvió para seguir desvistiéndose.

— ¿Le contaste tu secreto a Pulgar? —preguntó Elena.

Roselí levantó la vista.

— Córrete —le dijo.

— ¿No le has contado... que tienes SIDA?

Se escucharon los alaridos de algunas niñas. Eva se aproximó cautelosamente y descolgó su parca.

— Ya se le está notando —silabeó—; hasta tiene la cara morada.

— ¡Y los rulos se le pusieron tiesos!

— No sean pesadas —dijo Roselí.

— ¡Cuidado! ¡No nos vaya a escupir!

Roselí entró a las duchas. Las escuchó abandonar el camarín mientras dejaba que el agua corriera por su cuer-

po y formara una densa nube de vapor. Se sentía desgraciada.

Se secó con lentitud y se acercó después al espejo.

— ¡No se me ha alisado!

Justo cuando iba a empezar a vestirse, escuchó el timbre para empezar las clases.

“Voy a llegar atrasada —pensó—. ¡Qué me importa!... ¡Sí, qué me importa, porque eso es lo que ellas quieren y no les pienso dar el gusto!... ¡Jamás! ¡Jamás!”

Un minuto más tarde se vio una gordita pelirroja corriendo desafortunadamente por el patio en dirección a su sala de clases.

— Roselí —dijo Fernanda—. ¡Deja de hacer ruido con la nariz!

Roselí tanteó en sus bolsillos, sacó un papel todo arrugado y se sonó.

— ¿No tienes pañuelo de verdad?

— No...

La lección continuó. Fernanda tenía las puntas del pelo mojadas todavía y por primera vez se la veía irritada.

Roselí sintió que le picaba la nariz. Se vio obligada a sorberse la nariz.

— ¡Roselí!

— Sí, maestra...

— ¡No quiero volver a decirte!...

Roselí se sonó con el papel empapado y algunas gotas cayeron al banco.

— ¡Anda a botar ese papel indecente! Es demasiado...

Algunas niñas se rieron despreciativamente.

— ¡Silencio!

— Pero es que maestra, ¡es asqueroso!

Roselí tiró el papel a la basura y se sentó. Ya no era sólo la maldita nariz lo que le creaba problemas, ahora sentía un nudo en la garganta, pero no quería llorar, ¡no iba a llorar!

— ¿Hay alguien que le pueda prestar un pañuelo a Roselí?

Ninguna respuesta.

— ¿No hay nadie que tenga un pañuelo?

— Yo no tengo ninguno —se lamentó Pulgar.

— Yo tampoco —dijo Eddie—. Pero maestra, ¡nunca he tenido pañuelo!

— ¡No hay ninguna de ustedes, niñas, que tenga un pañuelo!

Roselí miró a su alrededor. Todas las niñas desviaban la vista, incluso Nana, que se sentaba a su lado.

— Por supuesto que tienen —dijo sorbiéndose la nariz—, pero a mí no me prestan...

Empezó a sollozar.

— ¡Termina con eso!

— ¿Usted no tiene uno, maestra, que me preste? —musitó Roselí—. A mí me prestaba... Ana Karin... cuando yo me olvidaba...

Fernanda se aproximó a Roselí con pasos rápidos y la tomó del brazo con fuerza.

— ¡Ahora mismo vas a tu casa y traes un pañuelo!

— Puedo sacar... papel hi...

— ¡Vas a tu casa, te dije! ¡Y tienes que estar de vuelta en diez minutos!

Levantó a Roselí de su banco de un tirón.

Roselí dejó de sollozar. Se produjo un silencio completo en la sala de clases.

Con un movimiento brusco se zafó de la mano de Fernanda y se dirigió a la puerta de la clase. Desde ahí se volvió y miró a Elena, a Sofía, a Eva y a las otras niñas de la clase.

— ¡Bueno, y...? —dijo Fernanda.

— No pienso volver —dijo Roselí—. ¡Y usted váyase al diablo!

— ¡Roselí! ¡Qué niña más desagradable, repelente!...

Se le quebró la voz.



Roselí salió dando un enorme portazo que estremeció toda la escuela.

Le hacía daño. Roselí no sabía bien de dónde venía este dolor. Seguramente del corazón. Ella había oído hablar del dolor al pecho, pero esta enfermedad que la aquejaba era aún peor; tenía el corazón herido y sangrante.

El corazón de La Rana ya no daba más.

Roselí lo siguió haciendo funcionar gracias a la música. ¡Oh! ¡Gracias, María Fredricksson, gracias! ¡*Thank you for the music!* ¡Gracias por la música que alivia, gracias por la voz, esa voz ronca, maravillosa, que le da consuelo a La Rana! ¡Gracias por *Never ending love!* ¡Gracias, nariz, porque dejaste de gotear! ¡Gracias ojos, que ahora están secos! ¡Gracias boca, que dijiste lo que tenías que decir! ¡Y usted váyase al diablo! ¡Pero a ustedes, orejas feas, debería cortarlas y colgarlas de los pinos en el bosque! ¡Malditas orejas!

La Rana escucha, pero no quiere hacerlo. Es la voz de Fernanda. ¡Ah! ¡Fernanda! ¡Cómo quisiera ser como tú! ¡Oh, Fernanda!

"Roselí, niña desagradable, repelente..."

¡Malditas orejas! ¡Malditas orejas! ¡Canta más alto, María, más alto!

— ¡Roselí!

— ¡Déjame tranquila!

— Era tu profesora que llamaba —dijo Pedro Iván.

Estaba mirándola desde la puerta y detrás de él estaba Cristina.

Roselí se levantó rápidamente y disminuyó el volumen del *stereo*.

— ¿La profesora? ¿Llamó la profesora?

— Roselí, ¿qué pasó?

Cristina se acercó y la abrazó.

— ¿Roselí? ¿Es cierto que... escapaste de la escuela para venir a casa? ¿Que insultaste a la profesora... que... hay problemas en la escuela?

— ¡Oh, mamá!... Claro que hay problemas... ¡Oh!...

Lloró en silencio. Su mamá la tranquilizaba, mecíendola. Pedro Iván seguía en la puerta.

— Ya, ya... tenemos que solucionar el problema.

— Vamos a tener una reunión con tu profesora —dijo Pedro Iván.

— ¿Qué? ¿Van a encontrarse con ella?

— Mm. Un cuarto para las siete.

— ¿Solamente porque yo no tenía pañuelo?...

— Parece que es mucho más que eso —suspiró Pedro Iván—. Ahora tienes que contarnos todo, Roselí, absolutamente todo, todo.

Roselí asintió con la cabeza.

— Yo también quiero ir —dijo.

— No sé si... —contestó Pedro Iván.

— Por supuesto que tiene que ir —aseguró Cristina—. No te quedes ahí refregándote las manos. ¡Ven y siéntate con nosotras para que Roselí nos cuente qué es lo que pasó!

Pedro Iván se acercó. El pelirrojo conductor suspiró aún con más fuerza.

— Es difícil todo esto —dijo finalmente—. Yo creí que ya me había librado de la escuela.

Roselí trató de contarles todo, de hacerles comprender lo ocurrido.

## CAPÍTULO DECIMOSEXTO

— **A** DELANTE —dijo Fernanda—. ¿Viene también Roselí?

— Sí, nosotros pensamos que... que... yo... —balbuceó Pedro Iván, incómodo.

— Está bien —contestó Fernanda y les sonrió—. Va a estar con nosotros el maestro Juan Ponce, ya que conoce a Roselí desde hace tiempo.

Saludaron al Anguila.

— Por favor, siéntense —les dijo—. Esta es la sala de profesores, nuestro rincón. Tenemos café preparado.

El Anguila sonrió y dio un pequeño golpe en la mesa. Mientras los demás tomaban asiento, fue a buscar el café y lo sirvió.

— Tú no tomas café, Roselí, ¿verdad?

— No, pero puedo tomar un vaso de agua.

— Quédate sentada, yo te traigo uno.

Se produjo un silencio. Roselí miraba fijamente la cubierta de la mesa. Pedro Iván carraspeó varias veces, sopló el café y se rascó los nudillos de una mano.

— Es bastante agradable esta sala —dijo finalmente.

Cristina asintió en silencio. El Anguila volvió con el vaso de agua para Roselí. Se sentó.

— Este tipo de conversaciones nunca son agradables —comenzó Fernanda—, pero hay que hacerlas, por el bien de los niños. Mientras más contacto tengamos los maestros con los padres, más fácilmente podremos resolver los problemas juntos.

— Por supuesto —murmuró Pedro Iván tomando el café ruidosamente.



— Si analizamos lo que sucedió en la mañana, es realmente una bagatela.

— No para mí —dijo Roselí sin levantar la vista.

— Deja que la maestra termine de hablar —intervino Pedro Iván.

— Olvidémonos de ese asunto —dijo Fernanda—. ¿De acuerdo, Roselí?

Roselí la miró y no le contestó.

— ¿Roselí? —preguntó Cristina.

— Sí, pero...

— ¿Volvemos a ser amigas?

Roselí asintió con la cabeza.

— Los maestros también nos irritamos a veces, igual que ustedes —dijo Fernanda.

— Seguramente —asintió conciliador Pedro Iván.

Tomaron café. El Anguila quiso ir a buscar más y desapareció.

— El problema que hay con Roselí es que no puede quedarse callada durante las lecciones —dijo Fernanda mirando a Roselí a los ojos.

— ¿Un poco más de café? —ofreció El Anguila entrando a la sala.

— No, gracias —respondió Cristina.

— Yo sí, gracias —dijo Pedro Iván—. Estaba sup... muy bueno. A uno se le seca la garganta. ¿Se puede fumar aquí?

— Desgraciadamente, no.

— No importa, tengo tabaco suelto.

Abrió su tabaquera y sacó una porción.

— A lo mejor usted quiere un poco —se dirigió a El Anguila.

— No, no...

El Anguila parecía espantado.

— Es molesto que los alumnos interrumpan las lecciones —dijo Fernanda—. Y tú, Juan, que has tenido a Roselí desde Cuarto Grado, ¿tienes la misma opinión?

— Sí, a Roselí le cuesta quedarse callada en clases. Es efectivo.

Cristina miró primero a Juan Ponce y luego a Fernanda.

— Nuestra hija ha sido siempre un poco... quiero decir...

Se interrumpió y miró a Pedro Iván.

— Ella es una persona llena de energía, de vida —dijo Pedro Iván después de haberse mirado las manos con detenimiento—. Pero... eso no significa que ella... Iba a decir moleste...

El conductor de trenes rió forzosamente.

— De cualquier manera, ella no puede continuar de esta forma —dijo Fernanda.

— ¡Roselí! —llamó Cristina en voz baja.

— Voy a tratar, mamá, pero...

— ¿Sí?

— Antes discutíamos y conversábamos mucho. Cuando teníamos a Ana Karin.

— Me imagino que no hablarían todos al mismo tiempo —dijo Fernanda.

— No, pero era... diferente...

Pedro Iván se movió en el asiento.

— Por supuesto que vamos a conversar con Roselí sobre esto —dijo—. No sabíamos que... Ella es totalmente, cómo podría decirlo... común y corriente. Completamente normal...

— Normal —interrumpió Cristina—. ¿Qué tontería es esta? ¡Por supuesto que Roselí es normal!

Pedro Iván se tomó las últimas gotas de café con aspecto desolado.

— No era eso lo que quería decir —musitó.

— Y después tenemos los resultados de las pruebas escritas —continuó Fernanda—. Ustedes ya los han visto. Aquí los tengo.

Levantó su portafolios marrón y sacó las pruebas.

Roselí tragó saliva y se miró los dedos regordetes.



— Aquí está la última, que todavía no les reparto. Es sobre la Edad Media.

Le tendió los papeles a Pedro Iván, quien, carraspeando, se inclinó sobre ellos.

— La mejor alumna de la clase tenía treinta y seis puntos; Roselí tuvo catorce y el término medio de la clase fue veintiuno.

— Yo no había estudiado —dijo Roselí.

— Esto no está nada bien —reconoció Pedro Iván arreglándose los bigotes.

— ¡No había estudiado!

— Por favor, Roselí —dijo Cristina poniéndole una mano en el hombro.

— Antes no teníamos tareas los fines de semana. Yo no estuve en la casa el sábado y el domingo se me olvidó.

— No era ninguna tarea, Roselí. Yo solamente quería controlar si manejaban los conceptos que les había enseñado.

El Anguila tosió.

— No es sólo Roselí —dijo—. Hay varios alumnos que están bastante atrasados y a los que les faltan conocimientos básicos. Fernanda y yo hemos llegado a la conclusión de que la clase no está bien en la mayoría de los ramos. Les vamos a dar un informe general en la próxima reunión de padres.

— Así que no es sólo Roselí —dijo Pedro Iván con alivio.

Fernanda le sonrió.

— No, no. Pero...

Miró a El Anguila.

— Sí, en cuanto a Roselí y otro alumno —continuó él—, hemos estado pensando con Fernanda que lo mejor sería mandarlos a que reciban ayuda especial.

— ¿Qué? —preguntó Pedro Iván con incredulidad.

Roselí miró a Fernanda con fijeza. La sala de profesores estaba silenciosa. Ya había caído la noche en El Molino

y desde el bosque llegaba el susurro del viento entre los árboles.

— Ayuda especial —dijo Roselí—. ¿Acaso Eddie y yo?...

— La ayuda especial —trató de explicar El Anguila con amabilidad— es un beneficio para los alumnos, un apoyo para los alumnos con dificultades. Volviendo a la prueba de Roselí, hay problemas de ortografía con la B y la V, como pueden observar aquí.

Mostró la prueba, que estaba llena de correcciones.

— Un momento —comenzó Cristina.

— Solamente una cosa más —dijo Fernanda—. Uno tiene que pensar en los otros alumnos, en los compañeros de Roselí. Algunos de ellos son alumnos muy capaces y no sería justo que yo dedicara la mayor parte del tiempo a un par de alumnos que podrían tener ayuda de otro tipo.

— ¡Somos solamente catorce alumnos!

— Un momento —volvió a decir Cristina—. A comienzos de marzo vine a conversar con Ana Karin y Roselí no tenía ni el menor problema. Toda la clase estaba bien, nos dijo, todos los alumnos trabajaban en forma solidaria y había un buen ambiente dentro de la clase. Ana Karin estaba muy satisfecha con el resultado. Hacían ese periódico tan interesante...

— ¡Ahora soy yo la profesora jefa de esta clase!

— Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido? ¿Cómo puede haber cambiado tanto una clase? ¡Pedro Iván, no estés ahí refregándote las manos!

— Sí, pero es que no sé bien qué decir...

— Si nos tranquilizáramos un poco —dijo El Anguila— podríamos seguir conversando sobre el tema. Esto de la ayuda especial es algo que Fernanda y yo hemos estado "pensando" solamente; lo que queremos decir es que si Roselí mejora el resultado en las próximas pruebas, esta medida no sería necesaria. Pero tenemos que considerar que esta ayuda podría necesitarse...



— ¡Qué manera de hablar es ésta! —interrumpió Cristina—. Están refiriéndose a mi hija, ¿no se dan cuenta?

— ¡Cristina!

— ¿Qué es lo que están haciendo con ella?

— ¡Mamá!

— Yo creo que no vamos a llegar a ninguna parte si seguimos interrumpiéndonos y gritando —dijo Fernanda.

— ¡Mis gritos se van a escuchar en todas partes si ustedes dañan a mi hija! —gritó Cristina dando un golpe en la mesa que hizo saltar las tazas de café.

— ¡Mamá!

— Sí, si me voy a calmar, pero... Roselí me ha contado... ¡Pedro Iván!

El maquinista tragó saliva.

— Sí —dijo con esfuerzo—, hemos sabido que Roselí ha sido objeto de burlas de parte de las otras niñas. Ella no quiere que contemos, pero...

Fernanda se puso de pie y los miró.

— Me parece que no vale la pena que continuemos esta conversación —dijo.

— Pero, es que la molestan...

— Yo creo que Roselí tiene una gran imaginación. ¿Qué piensas tú, Juan?

— La verdad es que nos habríamos dado cuenta si algo así sucediera. Esta es una escuela pequeña y todos se conocen.

— ¡Pero si es cierto! —gritó Cristina—. ¡Es cierto! ¡Ellas le dicen que tiene SIDA! ¡Le hacen el vacío! ¡La humillan! ¡Le ponen nombres! ¡Es cierto! ¿Y qué es lo que hacen ustedes?

Los dos maestros se miraron.

— Lo impediríamos si ocurriera —dijo Fernanda al cabo de un instante.

Tomó su portafolios.

— Espero que mediten sobre lo que hemos conversado. Es por el bien de Roselí.

Pedro Iván se atragantó.

— Sí. Así debe ser —concedió finalmente.

Cristina se levantó y se dirigió con pasos rápidos a la puerta.

— Perdón —balbuceó Pedro Iván.

Tomó a Roselí de la mano. Afuera, en el corredor oscuro, estaba Cristina llorando.

## CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

**E**L VIERNES en la tarde soplaba un viento como de tormenta. Roselí estaba sentada debajo de un manzano en el jardín de Pulgar.

Pulgar la miraba desde la puerta de la casa con Beata, esperando la voz de partida.

— ¡Ya! —gritó Roselí.

— ¡Camina! —ordenó Pulgar a Beata.

Empezó a caminar con la perra a su lado, sin correa. Ella llevaba la cola al viento y la nariz en alto.

Pulgar apresuró el paso.

— ¡Camina! ¡Camina! ¡Camina! ¡Bien, muy bien! ¡Acá, ahora!

Dobló a la izquierda pasando por delante de Roselí y después viró a la derecha bruscamente, con Beata siguiéndolo todo el tiempo.

— ¡Siéntate!

Beata se sentó.

— ¡Quédate ahí!

Pulgar le dio la espalda y avanzó un paso.

— ¡Quédate ahí!

El amo y la perra se miraron un momento. Pulgar se devolvió despacio y le dio caramelos mientras le acariciaba la cabeza.

— ¡Échate!

Beata lo miró vacilante.

— ¡Échate! ¡Bien, Beata! ¡Así!

Beata se echó lentamente.

— ¡Muy bien! ¡Quédate ahí!



Pulgar la dejó ahí. Al instante Beata se arrastró medio metro en dirección a él. Pulgar se dio vuelta.

— ¡Bien!

Pulgar le volvió a dar la espalda y caminó hacia Roselí. Con la rapidez del relámpago, Beata avanzó otro metro.

Pulgar se volvió para mirar a su perra.

— ¡Resultó! —gritó Pulgar—. ¿La viste? ¡Se quedó ahí! Roselí se reía a gritos.

— ¿Qué te pasa? ¿No viste que se quedó ahí?

— ¡Es que si la hubieras visto!

— ¡Pero si está echada ahí de lo más bien!

— ¡Se está burlando de ti, Pulgar! ¡Mira! Hizo así apenas te diste vuelta.

Roselí imitó a Beata y Pulgar empezó a reírse de ella. Beata aprovechó el momento y se lanzó sobre ellos.

— ¡Qué asco!

— ¡Basta, Beata!

— ¡Ay!

— ¡Ya te tengo, perra sanguinaria!

Roselí tenía a Beata abrazada y la miraba con cariño.

— ¡Qué linda eres! —le dijo—. Cuando vivamos en una casa... ¡Mira, tiene ojos de pena!

— Y una cola muy contenta —agregó Pulgar.

— Estuvo superbien, a pesar de que hizo trampa —dijo Roselí—. Va a hacerse famosa.

— Ahora se porta como una reina —dijo Pulgar orgulloso—. Todo depende de quién la entrene.

Metió la mano al bolsillo y repartió caramelos para Beata, para Roselí y uno para él mismo.

— Todo es culpa mía —dijo de pronto Roselí.

— ¿De qué?

— Están enojados. Mi mamá y mi papá. Hoy en la mañana ella le dijo que él era un gallina.

— ¿Gallina? ¿Quién?

— Mi papá. Que no había sido capaz de decirle nada a Fernanda. Pero no era muy fácil el asunto, porque tenían

delante los resultados de las pruebas. Ahora me van a hacer otras y en todos los ramos.

Roselí suspiró.

— ¡Ayuda especial en lectura! —dijo Pulgar con irritación—. ¡Es de locos! Como si tú no supieras leer. ¿Te acuerdas que antes leíamos montones de libros?

— Mm. "La historia sin fin" era super. Siempre me acuerdo de ese libro —comentó Roselí.

— Es aburrido tener a Fernanda —reconoció Pulgar después de un momento—. A pesar de que ella es tan moderna. Antes la clase de castellano era la más entretenida. Ahora nos pasamos repasando, todavía no entiendo bien qué cosa.

— "La gente de la gruta del oso" era también muy bueno, pero ése lo pedí en la biblioteca.

En ese momento se escuchó un trueno a lo lejos y el viento empezó a soplar con fuerza. Nubes negras invadieron el firmamento.

— Faltan solamente dos horas para el baile —dijo Pulgar—. En realidad, no tengo muchas ganas de ir.

— Yo tampoco —respondió Roselí—. Pero no pienso preocuparme de las pesadas de la clase. Aunque digan lo que digan, voy a hacerme la sorda. No van a conseguir lo que quieren. ¡Jamás!

Pulgar no contestó. Se quedaron en silencio unos instantes escuchando el ruido del viento.

— Hay una cosa —dijo él—. Se trata de Max...

— ¿Sí? ¿Qué pasa con él?

— Es... No sé como decirlo...

— Te cae mal, eso es todo.

— Mm. Hoy tenía un montón de fotos de niñas...

— ¿Tiene niñas sin que nadie sepa?

— Fotos, dije. Es... hizo un comentario de ti también...

Pulgar se rascaba la cabeza. Roselí lo miró con sorna.

— Tú sabes que me gusta —le dijo—. Y eso a ti te molesta, ¿verdad?

— Mm— contestó Pulgar con desagrado.



— ¡Estás celoso!

Roselí se reía con ganas.

— Invítame —le dijo—. ¡Ahora!

— ¿Qué?

— ¡Sí, ahora, porque en la tarde no vas a tener ni un chance! ¡Todos se van a poner en cola y en primer lugar va a estar Max!

— Crees de verdad... que Max... que él...

— Por supuesto que no —dijo Roselí—. Pero si nadie más me saca a bailar, tú lo vas a hacer, ¿verdad? ¡Prométemelo!

— Okey —dijo Pulgar—, pero siempre que apaguen las luces.

— Seguro que las van a apagar. Ya las apagábamos en Cuarto, ¿no te acuerdas?

Robe y Nana estaban a cargo de las salchichas, Max y Hernán de los refrescos, los "pop corn" y las papas fritas.

Las cortinas del comedor de la escuela estaban corridas y los parlantes del *stereo* ahogaba el ruido de la tormenta.

Elena y Sofía habían decorado el lugar con guirnaldas de colores y luces rojas indirectas instaladas en las plantas del oasis, que era donde habían acondicionado la reducida pista de baile.

Los hombres habían formado un grupo aparte, mientras que las niñas estaban más esparcidas. Isabel y Eva bailaban. Roselí estaba al lado de la tímida Lina.

— Los hombres no se animan —dijo Roselí con la boca llena de papas fritas.

— No —contestó Lina.

Roselí divisó la mesa con las bebidas.

— Vuelvo en un minuto —le dijo a Lina.

Se aproximó a Max.

— ¿Puedo tomar otra Coca? —le preguntó.

— Sí, si tienes dinero.

Le pasó la botella.

— Linda blusa —le dijo.

Roselí se sintió enrojecer. Se había puesto una blusa blanca de algodón con adornos amarillos en el cuello y en los puños.

— ¿Te gusta?

Max le sonrió y se ordenó el pelo.

— ¿Dónde están Fernanda y El Anguila? —preguntó ella.

— Están en la sala de profesores tomando café.

— Ah.

— ¿Qué clase de fiesta es ésta? —gritó Eddie—. ¡Hay que moverse!

Tomó a Rune, que se resistía protestando.

— Empieza de una vez —le dijo Eddie a gritos.

Los otros muchachos los miraban burlones. Elena y Sofía comenzaron a bailar.

— Es una lata estar mirando no más —dijo Javier.

Se adelantó a invitar a Lina, que casi se desmaya de la impresión.

Media hora más tarde estaban casi todos bailando. Roselí y Pulgar miraban a los demás, mientras las luces rojas dibujaban arabescos en el oasis.

— ¿Bailemos? —susurró Roselí.

— Todavía no apagan las luces.

— ¡Cobarde!

En ese instante los focos rojos del oasis dejaron de iluminar. Las figuras en la pista de baile se divisaban borrosas.

— Ahora o nunca —musitó Pulgar—. ¿Bailemos?

— Mm —asintió Roselí mirándolo con picardía.

Se abrieron camino y comenzaron a bailar.

— Claro que me atrevo —dijo Max—. ¿Apostemos mil pesos?

Estaban parados al lado del oasis. Junto a Max, estaban también Eddie y Robe.

— Yo no estoy con ustedes en esto —dijo Robe.



## CAPÍTULO DECIMOCTAVO

— Yo tampoco —dijo Eddie—. ¡Pero sería superdivertido!

— Todos saben que es rebuena para inventar cosas. ¡Nadie le va a creer! Okey, Eddie, hazte cargo de la luz. ¡Apenas te diga "ahora", prendes la luz!

Roselí y Pulgar estaban al lado de las papas fritas.

— ¡Bailemos? —preguntó Max.

— ¡Quéeee?

— ¡Si quieres bailar!

Roselí sintió que se ponía roja como un tomate. Max la tomó del brazo y entraron a la pista de baile. Pulgar se quedó mirándolos.

— Me gusta bailar apretado —susurró Max.

Las manos de Max le rodeaban la cintura. Era casi una cabeza más alto que ella.

De repente quedaron solamente ellos dos en la pista. Los demás semejaban sombras inmóviles.

— ¿Qué es lo que pasa? —preguntó Roselí—. ¡Max!

— ¡Ahora! —gritó Max.

La luz roja del oasis la hizo parpadear. De pronto sintió que las manos de Max se deslizaban por su espalda y le levantaban la blusa hasta la cabeza.

Roselí lanzó un grito ahogado. Agarró la blusa con las dos manos y se la bajó con fuerza, agachándose como si hubiera recibido un golpe en el estómago.

— Lo hice —escuchó decir a Max—. Todos ustedes son testigos, ¿verdad?

La rabia que se apoderó de Roselí fue tan intensa, que la dejó sin respiración.

— Fue sólo una broma —le dijo Max con una risotada.

Roselí le contestó con un puñete dado con toda su fuerza, que lo alcanzó en el cuello y lo hizo tambalear. Roselí, con la cara ardiendo de indignación y odio mortal en su mirada, volvió al ataque.

— ¡Te voy a hacer harina! —le dijo a gritos.

UNA DE las muchachas lanzó un alarido de espanto.

— ¡Hagan algo!

— ¡Sujétenla!

— ¡Ay! ¡Muerde!

Fernanda y El Anguila entraron al comedor en el instante en que Roselí se había vuelto a zafar de los brazos que la sujetaban.

— ¡Dios mío! —exclamó Fernanda.

Roselí se lanzó en línea recta hacia Max, que estaba acurrucado contra la pared cubriéndose la cara con las manos. Le golpeó la cabeza febrilmente, una y otra vez, con las manos empuñadas.

El Anguila logró inmovilizarla.

— ¡Basta ya!

— ¡Suéltlenme! ¡Lo voy a asesinar!... Lo voy a...

— Eres tú de nuevo, Roselí —dijo Fernanda—. ¿Es que no te basta, todavía?

— Fue Max el que...

— Estropeaste la fiesta, niña desagradable. ¿Estás contenta ahora?

— ¡Fernanda! —dijo El Anguila.

Fernanda trató de controlarse.

— ¿Qué es lo que ocurrió?

— Nada —contestó Max—. Estaba bailando con ella y...

— Es medio loca —interrumpió Elena.

— ¡Loca entera!

— No tiene nada de loca —dijo Pulgar—. ¡Max está mintiendo!

— ¡Tú no sabes lo que pasó, porque estabas allá lejos! ¡Así es que quédate callado! —le gritó Eddie.

— ¡Quedó todo un desastre!

— ¡Fue Roselí!

— ¡No tiene vuelta!

— ¡Ya está bueno! —gritó Pulgar—. ¡Max es el que tiene la culpa de todo! ¿Por qué iba Roselí si no a...?

En ese momento Roselí le dio una gran patada a El Anguila, que la soltó lanzando un gemido.

Roselí hizo a un lado a Fernanda de un empujón y corrió hacia la puerta.

Todos la siguieron con la mirada, guardando silencio. Roselí abrió la puerta y el ruido de la tormenta se dejó sentir, amenazante. La puerta se cerró de golpe y otra vez volvió el silencio.

— Se acabó la fiesta —dijo Fernanda moviendo la cabeza reprobatoriamente—. El rector tendrá que tomar conocimiento de lo ocurrido. Yo ya no la aguanto más. ¡Ahora, a ordenar todo!

Dejó el comedor con El Anguila cojeando detrás de ella.

— Estropeó todo —dijo Sofía con rabia—, y más encima tenemos que ordenar... ¡Es el colmo de la injusticia!

— ¡Ojalá la lleven a un hospital de locos! —agregó Elena.

— Mm... m... fffue Mmmmax... el que ttuvo laa... cc culpa —trató de intervenir Lina—. ¡Fue un abu... so lo qqque hizzo...!

— Fue solamente una broma —dijo Robe—, una broma tonta. No te quedes ahí tartamudeando. ¡Ayuda!

Max aún permanecía apoyado en la pared, pálido y tembloroso.

— ¡Pensaba matarme!... —musitó apenas—. ¡Quería hacerlo!...

Pulgar salió a la tormenta y a la lluvia que caía furiosamente, acallando sus gritos.

— ¡Roselí! ¡Roselí!

Estaba empapado. Avanzaba tiritando contra el viento poderoso.

— ¡Que no le vaya a pasar nada! —imploraba—. ¡Por favor, Roselí, no hagas ninguna tontería!

Sabía el lugar en que ella estaba. Ya había ido a su casa a tirarle piedrecitas a la ventana, y cuando Cristina se asomó, se dio cuenta que Roselí aún no había vuelto.

— ¡Debe estar por llegar! —le había gritado Pulgar.

Sí, él sabía muy bien dónde ir a buscarla.

En el bosque, entre los árboles inmensos, ya no se sentía el viento igual de amenazante.

— ¡Roselí!... ¡Roselí!...

Finalmente llegó al mirador. La frágil torre chirriaba mecida por el viento.

— ¡Roselí! Estás ahí, ¿verdad? ¡Soy yo, Pulgar!

Trató de escuchar su respuesta.

— ¡Yo sé que estás ahí arriba! ¡Baja, Roselí! ¡Por favor, baja!

Sólo se escuchaba el ruido de la tormenta, el de la lluvia torrencial y el quejido de la madera. Nada más.

— ¡Roselí! ¡Tú sabes que no me atrevo a subir! ¡Por favor, Roselí, tengo tanto miedo! ¡Roselí!

Ninguna respuesta.

“Tengo que subir —pensó Pulgar—. No hay otra forma. No quiero que ella... que a ella... ¡Roselí!”

Se subió a la reja y miró a lo alto, a la oscuridad de donde venía el viento con su silbido aterrador.

— Dios —rogó—. ¡Haz que me atreva!

Lentamente comenzó a trepar. Le pareció una eternidad hasta que alcanzó la primera plataforma.

— ¡Roselí! ¡Sé que estás ahí! ¡Estoy en el primer balcón! ¿Me escuchas?

“Hay tantas cosas que quisiera saber —pensó Pulgar—. ¿Le irá a ir bien a Beata en el concurso? ¿Se irán a separar papá y mamá? ¿Irán a volver Ana Karin a la escue-



la? Tengo que saber qué va a ocurrir. No quiero morirme todavía, pero... si hay que hacerlo..."

Se levantó y continuó subiendo. La madera estaba resbalosa. Avanzaba gimiendo y aferrándose a tientas.

— ¡Roselí! ¡Aquí vengo!

Ahora la torre se movía como un barco a la deriva. Pulgar cerró los ojos.

"Ya voy a llegar —pensó—. No voy a pensar en la oscuridad ahí abajo... No quiero pensar en nada más... Arriba..., ahí está Roselí... ¡Arriba, arriba!"

Sus manos alcanzaron los listones de madera del último balcón. La torre se balanceaba descontroladamente, queriendo librarse de él.

— Roselí... —dijo con un hilo de voz—. Roselí.

Unos dedos gordos sujetaron firmemente su mano y lo ayudaron el último tramo.

Finalmente, los dos estaban juntos en la parte más alta de la torre, mientras la tormenta seguía rugiendo.

— Nunca creí que te atrevieras —dijo Roselí.

— No tuve más remedio.

Roselí le acarició el pelo empapado.

— Nadie en el mundo ha sido más valiente que tú —le dijo.

Permanecieron un rato en silencio, muy juntos, sintiendo el calor de sus cuerpos.

— ¿Has llorado mucho? —preguntó Pulgar.

— Montones, pero ya se acabó. ¿Sabes una cosa? Las ranas no vuelan.

— ¿Qué?

— No se interesan tampoco, hasta que son águilas grandes.

— Roselí, por favor... Esto se mueve tanto...

— Ahora vamos a bajar —dijo Roselí.

— Pero... cómo vas a explicar... Todos están de acuerdo y mienten... Nadie te va a creer.

— Sí. Tú me crees, ¿verdad?

— Claro que sí, pero yo no cuento.

— ¡Tú eres el más importante, y mi papá y mi mamá! ¡Y Max también sabe! ¡Y los demás saben! ¡Y yo sé que ellos saben!

— Sí... —contestó Pulgar con voz dudosa.

— ¡Ahora, bajemos!

— Es que pasa algo... A lo mejor yo fui el más valiente del mundo cuando me atreví a subir, pero... yo no me atrevo a bajar... ¡ni loco!...

— ¡Sí te vas a atrever!

— ¡No, me voy a quedar aquí hasta que me muera de hambre!

La torre crujía ahora estrepitosamente. Pulgar se tomó de la mano de Roselí.

— ¡Ya! ¡Ahora sí que comenzamos! —dijo ella.

— ¡Roselí...! ¡No me atrevo!... ¡Me mareo!... ¡Me voy a caer!

— Las águilas no se caen.

Lo ayudó al comienzo. Se demoraron largo rato en el descenso. Pulgar iba muerto de miedo, con Roselí a su lado, que lo tranquilizaba todo el tiempo.

— Por fin —dijo ella—. Estamos abajo.

Pulgar lanzó un suspiro de profundo alivio y se sentó apoyando las manos en el suelo para sentir la tierra firme. Roselí se sentó a su lado en la oscuridad.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pulgar al cabo de unos minutos.

— Seguir luchando, por supuesto —contestó Roselí agitando sus rulos con determinación.

FIN